

Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

El gran amo

Parece que Brigitte tiene algo que atrae hacia sí a los megalómanos, es decir, a esa clase de chiflados que tienen delirios de grandeza y están completamente convencidos de su superioridad y de que pueden autonominarse «el gran amo del mundo». Están tan convencidos de su propia valía que encuentran normal que la «pacífica y amable» señorita Montfort se someta a todos sus deseos. Esto podría resultar divertido para Brigitte, si no fuera porque existe un plan llamado «Oilplan» que no le gusta nada, nada.



Lou Carrigan

El gran amo

Brigitte en acción - 338

ePub r1.1
Titivillus 02.11.2017

Lou Carrigan, 1983
Diseño de portada: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Brigitte
EN ACCION



Capítulo primero

Frank Minello salió del edificio del Morning News a toda prisa, mirando ansiosamente a todos lados, en busca de su amada Brigitte, que le había precedido. ¡Se le había escapado por segundos, y él quería ir con ella, acompañarla, mirarla…!

—¡Allá está! —exclamó en voz alta.

Algunas personas que pasaban por la avenida miraron con leve curiosidad a Minello, que encogió los hombros, sonriendo, mientras echaba a correr hacia el Thunderbird propiedad de Brigitte, estacionado en doble fila. No había peligro: ningún guardia de tráfico le pondría jamás una multa a la señorita Montfort. ¡Jamás! Y no sólo porque tan sólo unos días atrás Brigitte había sido aclamada por toda la nación para que presentase su candidatura a la presidencia de los Estados Unidos[1], sino porque siempre había sido así.

¿Poner una multa a la señorita Montfort, la más inteligente, hermosa y simpática ciudadana neoyorquina? ¡Nunca!

De todos modos, éste era un privilegio del que Brigitte no abusaba, y a decir verdad, casi ni usaba. Frankie sabía esto muy bien, y por eso corría: para alcanzar el coche Thunderbird antes de que se pusiera en marcha y Brigitte se alejase de él… ¡No podría soportar esto, aunque sólo fuese por unas horas!

De modo que llegó corriendo junto al Thunderbird, se asió a la portezuela, la abrió, y metió la cabeza dentro.

—¡Te pillé, no has conseg…! ¿Dónde está Brigitte?

Se quedó mirando a Número Uno, que le contemplaba afablemente, con un cigarrillo en los labios, sentado ante el volante.

—Precisamente, la estoy esperando, Frankie. Hola. Pase.

—¿Cómo que la está esperando? —murmuró Minello—. Brigitte ya ha salido.

—No.

—Le digo que ha salido. Estábamos charlando con Grogan, y al terminar ella ha salido a toda prisa…, supongo que porque sabía que la estaba esperando usted.

—Brigitte no ha salido —murmuró Número Uno.

—¡Pues yo le digo que ha salido!

—No.

Minello parpadeó. El mundo es un asco, y uno nunca sabe lo que puede pasar, ni quién es bueno ni quién es malo. El caos. Pero había algunas cosas de las que Frank Minello estaba seguro de poder confiar plenamente. Por ejemplo: si Número Uno decía que Brigitte no había salido del Morning News, era que Brigitte no había salido. Así de simple.

—Le aseguro que salió delante de mí —susurró.

—Se habrá entretenido charlando con alguien. Siéntese… ¿Quiere un cigarrillo?

Minello se sentó atrás, gruñendo:

—¡Qué manía con los cigarrillos, zambomba! ¡Usted y Brigitte saben perfectamente que no fumo, pero venga darme cigarrillos!

Número Uno, que había vuelto la cabeza, casi sonrió.

—Es por maldad —dijo.

—¿Por maldad?

—Exacto. Nosotros estamos dominados por el vicio, y no podemos permitir que haya personas inteligentes como usted que no fumen.

—Vaya, hombre… ¿Estamos de cachondeo?

—No, no. Es la verdad: si todos fuman, parece que los que fumamos somos menos tontos.

—¿Sabe una cosa?: usted lleva camino de convertirse en un filósofo, Uno.

—Ésa sería una profesión interesante.

—¿Más que la de espía? —sonrió Frankie, con gesto de complicidad.

—Creo que sí. Y menos arriesgada.

Diciendo esto, Número Uno, que miraba de soslayo hacia el vestíbulo del Morning News, señaló hacia allá, y Frankie miró. De momento, no comprendió. Vio a Brigitte saliendo del edificio, acompañada de dos hombres altos, atléticos, y eso fue todo. Un segundo más tarde comprendía lo que Número Uno había captado

en el acto: algo extraño estaba sucediendo.

—No son del Morning, ¿verdad? —preguntó Uno.

—No… Al menos, yo no los conozco… ¡Y conozco hasta la última rata de los talleres! ¡No me gustan esos tipos!

Número Uno no contestó. Brigitte caminaba con un hombre a cada lado, y para él era significativo el hecho de que ella ni siquiera hubiese mirado hacia el Thunderbird. Simplemente, había salido en compañía de aquellos dos sujetos, y ahora los tres se alejaban avenida arriba…

—¿Qué estamos esperando? —Gruñó Frankie—. ¡Vamos a ver qué pasa, y si es necesario les partimos la cara a esos dos tipos!

—Calma, Frankie.

—¿Calma? Mire, yo no soy un experto, como ustedes, pero me apuesto la gorra a que esos dos tipos van armados.

Número Uno miró un instante a Minello por el retrovisor.

—Puesto que usted no usa gorra, puede apostársela. Pero de todos modos, no la perdería: en efecto, van armados.

—¡Pues entonces…!

—Tranquilo, Frankie. Si Brigitte acompaña a esos dos desgraciados es porque ella quiere.

—¿Significa eso que los vamos a dejar marchar…?

—De eso, ni hablar. Pero tranquilo, ¿de acuerdo?

—Maldita sea mi estampa… ¿Qué clase de nervios tiene usted?

—Normales. Es sólo que si Brigitte se sintiese en peligro habría mirado hacia aquí aunque sólo hubiese sido un instante… No se preocupe: nada va a ocurrirle. En todo caso, si las cosas se pusieran mal son ellos dos quienes están en peligro, no Brigitte.

Mientras tanto, Brigitte Montfort seguía caminando entre los dos altos sujetos, tranquilamente, sonriendo a algunas personas que la miraban como fascinados. Se había convertido en el personaje más popular de Estados Unidos, cierto, pero es que, además, siempre había sido y sería la mujer más elegante, hermosa y con más ángel del mundo Ver caminar a Brigitte Montfort ya era un espectáculo que alegraba la vista y la vida… Y contemplar sus bellísimos ojos azules era un momento de fiesta.

—Espero que no me hagan caminar mucho —dijo Brigitte de pronto, mirando a uno de los hombres—. Mi calzado no es el adecuado para un largo paseo.

—No se preocupe: pronto dejará de caminar.

Cierto. Tan sólo unos pocos segundos más tarde un automóvil se detenía junto al bordillo, un poco por delante de Brigitte y los dos hombres; uno de éstos señaló el vehículo, y dijo:

—Adiós, señorita Montfort. Gracias por complacernos.

—Ha sido un placer. Adiós.

Brigitte desvió la marcha hacia el coche, un imponente Lincoln Continental de superlujo. La portezuela derecha de atrás se abrió, y la divina espía entró sin vacilar, cerró la portezuela, y miró al hombre que ahora compartía con ella el amplio asiento trasero, separado del delantero, donde iba el chófer, por un grueso cristal abatible, alzado en aquel momento, de modo que el chófer no podría escuchar la conversación.

—Buenos días, señorita Montfort. ¿Qué tal está?

—Muy bien, gracias.

—Salta a la vista —sonrió el hombre—. Pero lo pregunto porque hace unos días tuvo usted aquel accidente que pudo haberle costado la vida[2]. ¿De verdad está bien del todo?

—Estoy magníficamente. Y diría que usted también, señor… señor…

El hombre sonrió. Sí, su aspecto era magnífico. Debía de tener unos cuarenta años, era alto, robusto, rebosante de salud. Vestía con carísima elegancia, todo de lo mejor. Rubio, de ojos claros, rostro atractivo… Un superclase.

—Herbert Nadelman —se presentó el hombre.

—Muy bien. ¿Qué desea usted de mí, señor Nadelman?

—Sus inestimables servicios… de nuevo.

—¿De nuevo? —Alzó las cejas Brigitte—. No recuerdo haberle prestado jamás servicio alguno.

—A mí personalmente, no. Pero sí a la «Galaxia Corporation»… ¿La recuerda usted, señorita Montfort[3]?

—Por supuesto —murmuró Brigitte—. Y recuerdo también que fue totalmente aniquilada.

—Eso no es del todo exacto. Digamos que… sufrió un duro golpe que la desorganizó temporalmente. Hubo un tremendo caos dentro de la «Galaxia», todos parecieron volverse locos, se asesinaron unos a otros… Fue algo en verdad incomprensible, pero sucedió. Como usted sin duda llegó a saber entonces, la Galaxia funcionaba bajo la

dirección de un cerebro electrónico que cumplía funciones de jefe absoluto impartiendo órdenes de acuerdo a sus datos almacenados; pues bien: cabe suponer que algo le sucedió a ese cerebro electrónico, posiblemente una avería puramente técnica, y eso le costó muy caro a la Galaxia cuando estábamos a punto de conseguir enormes beneficios que nos habrían colocado en una posición magnífica para controlar los poderes económicos del mundo. Fue una lástima que se produjera aquella avería técnica.

Brigitte contuvo una sonrisa irónica. ¿Avería? Sí, claro, había sido una «avería»… ocasionada por la intervención de la espía más peligrosa del mundo: ella misma, Brigitte «Baby» Montfort…, que había creído acabar entonces de una vez por todas con la Galaxia Corporation. ¿No había sido así?

¡Asombroso!

—Sí, fue una lástima —admitió cortésmente.

—Esta vez no habrá ninguna avería. De los restos de la Galaxia, de sus cenizas, hemos creado la nueva organización, la «New Galaxia». Todo empieza a funcionar de nuevo, señorita Montfort, y esperamos tener el placer de contar de nuevo con sus servicios, ya que, según los últimos informes del cerebro electrónico antes de sufrir la avería, usted fue una colaboradora fiel.

De nuevo contuvo Brigitte una sonrisa.

—Gracias por pensar eso de mí, señor Nadelman. Pero no sé si me interesa colaborar de nuevo con ustedes. Francamente, detesto ponerme del bando perdedor, y temo que la New Galaxia siga el camino de fracaso de su predecesora.

—Ya le he dicho que esta vez no habrá averías ni fracasos. Y ello, porque a pesar de que, naturalmente, seguimos disfrutando de los servicios de computadoras distribuidas en todo el mundo, el cerebro director no es una máquina esta vez, sino un hombre, que ha sido designado como El Gran Amo.

—El Gran Amo… Interesante. ¿Vamos ahora adonde está él señor Nadelman?

—No. Ya está usted ante El Gran Amo.

—¿Usted?

—¿No le parece bien?

—Es pronto para opinar sobre usted, señor Nadelman, pero supongo que si ha sido elegido para el puesto es que está

capacitado, naturalmente.

—Sin la menor duda. Soy uno de los hombres más inteligentes del mundo, señorita Montfort.

—¡Ah! Vaya, le felicito. Y le envidio.

—Es lógico. Y debo decir, como agradecimiento a su merecido cumplido hacia mí, que usted también me parece una persona aceptablemente inteligente.

—Es usted muy amable, de veras.

—¿Tomaría usted un aperitivo?

—Precisamente, me disponía a hacerlo al salir del periódico. Se lo agradecería.

Nadelman se inclinó hacia delante, presionó un botón, y una pequeña compuerta se abrió en el respaldo del asiento delantero, dejando al descubierto el pequeño bar. Con gestos hábiles, El Gran Amo preparó rápidamente dos martinis, y tendió uno a Brigitte, que lo tomó delicadamente con sus finos deditos… que podían estrangular a cualquier hombre.

—Por la New Galaxia —brindó Nadelman.

—Por la New Galaxia —aceptó Brigitte el brindis.

Tras beber un sorbo cada uno, Nadelman se quedó mirando con amable sonrisa a su bellísima invitada. El Lincoln Continental circulaba majestuosamente, ahora por la Quinta Avenida.

—Como es lógico, un hombre de mi inteligencia tiene que rodearse de los mejores cerebros, y usted ha sido elegida. Claro está, su calidad intelectual, desdichadamente, está por debajo de la mía, pero tengo que ser comprensivo con las limitaciones de mis colaboradores.

—Se lo agradezco mucho.

—Nosotros, la New Galaxia…

—¿Nosotros? ¿Hay más Grandes Amos?

—¡Por supuesto que no! ¡Sólo mi cerebro dirigirá ahora la organización! Pero, en el aspecto financiero y de relaciones internacionales, preciso de colaboradores de cierto nivel. Algunos de los que se salvaron de la catástrofe anterior, están de nuevo al servicio de la organización…, la cual, a su vez, les sirve, lógicamente. Digamos que la New Galaxia está compuesta, de nuevo, por representantes de poderosísimas multinacionales, los cuales me comunican cuáles son los deseos de esas multinacionales.

A partir de ese momento, quien manda para llevar adelante los planes que beneficiarán a las multinacionales, soy yo. Ellos me dicen lo que quieren, y yo se lo proporciono, con plenos poderes para decidir el modo de hacerlo: una vez los deseos de las multinacionales han sido expresados, yo soy la New Galaxia, yo lo hago todo… apoyado por personas como usted y otras, naturalmente. ¿Me ha comprendido?

—Me ha costado un terrible esfuerzo, pero sí, le he comprendido —sonrió ingenuamente Brigitte—: digamos que usted es El Gran Esclavo de ciertas multinacionales.

—¡Pero El Gran Amo de la New Galaxia! —exclamó Nadelman.

—Por supuesto, por supuesto. Y ahora, a su vez, El Gran Amo está reclutando esclavos para que colaboren en sacar adelante sus planes favorables a las multinacionales que subvencionan a la New Galaxia con dinero, equipo, personal principal quizás… ¿Es así?

—Sí. Me alegra que sea usted capaz de comprender cómo funciona esto, señorita Montfort.

—Es que se explica usted muy bien, señor Nadelman.

—Ah, sí, eso es cierto, naturalmente. Bien, como le decía, nosotros, la New Galaxia, tenemos determinados planes de gran expansión mundial, y, a su debido tiempo, se irán llevando a la práctica. De momento, tenemos uno en el que encaja usted perfectamente.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Fue miembro fiel de Galaxia, es periodista famosa en el mundo entero, y, de modo especial, su última nominación extraoficial para la presidencia de la nación la ha convertido en una persona en la que confiaría inmediatamente cualquier ciudadano de los Estados Unidos. Cualquier cosa que en estos momentos publicara la señorita Montfort en su querido Morning News sería creída en el acto por doscientos millones de norteamericanos. ¿Cierto?

—Creo que sí —murmuró Brigitte.

—Por ejemplo, si usted escribiera para mañana un artículo diciendo que el planeta Tierra ha sido invadido por monstruosos seres dotados de alas llegados de los confines del espacio, doscientos millones de norteamericanos dirían amén, es cierto. ¿Correcto?

—Quizás es un poco exagerado, pero sí, correcto.

—Pues, precisamente por eso es usted una de las personas idóneas para determinada parte del plan. Claro está, hay otras partes del plan, digamos menos… intelectuales, en las que a usted no se le exigiría su participación. Digamos que no la imaginamos a usted recurriendo a la violencia, a las armas…

—¿Quiere decir que en ese plan habrá violencia armada?

—Es inevitable. Pero usted no trabajará en esa parte, ya se lo he dicho, sino en la mental.

—¿Qué plan es ese?

—Nosotros lo llamamos «Oilplan».

—¿Está relacionado con el petróleo?

—Así es. Y es un plan de tal envergadura que…

—¿En qué consiste exactamente?

—No está usted preparada de forma adecuada para conocer toda la extensión del plan, señorita Montfort. Solamente su parte.

—¿Cuál sería esa parte a mi cargo?

—Ir a Teherán, Persia o Irán, como usted guste, y escribir lo que va a suceder allí. Pero, claro está, escribirlo del modo que yo le indicaré.

—¿Qué es lo que va a ocurrir en Teherán?

—Ya lo sabrá.

—Señor Nadelman, espero que esté usted informado de que en estos días hay en Teherán, retenidos en nuestra embajada, cincuenta súbditos norteamericanos que, al parecer, van a ser juzgados por espionaje. Todo esto, porque Estados Unidos se niega a entregar el *Sha* de Irán a las actuales autoridades de ese país. Es una situación injusta y peligrosa para esas cincuenta personas norteamericanas…, y muy delicada. Cualquier acontecimiento… anormal en Teherán podría tener gravísimas consecuencias para esas cincuenta personas. Espero que con su maravillosa inteligencia ya habrá comprendido esto, lo habrá previsto. ¿Es así?

—¡Naturalmente!

—Naturalmente. Pregunto: ¿el Oilplan podría dar lugar a que la situación de esas cincuenta personas se agravase?

—Señorita Montfort, todo lo que tiene que hacer usted es ir a Teherán, esperar, y escribir luego lo que sucederá…, pero del modo en que yo le diré que lo escriba. Su trabajo concreto consistirá en

«dirigir» la opinión pública norteamericana con su gran influencia Sólo eso.

—Ya le he entendido —replicó secamente Brigitte—. Pero ¿qué es lo que tendré que escribir, y de qué modo?

—Lo sabrá a su debido tiempo.

—Pero debería…

—Señorita Montfort, todo lo que tiene que hacer usted en estos momentos es prepararse para salir inicialmente hacia París, donde recibirá las siguientes instrucciones para proseguir el viaje. Así, de acuerdo a mis decisiones, irá usted acercándose a Teherán, adonde llegará en el momento adecuado, y donde será instruida exactamente de la parte final.

—Señor Nadelman, quiero que sepa…

—Estamos frente al Crystal Building —cortó secamente Herbert Nadelman—, donde vive usted. Todo lo que tiene que hacer es apearse, subir a prepararse para el viaje, y esperar mis instrucciones. Creo haberme explicado con toda claridad, señorita Montfort.

—¿No se le ha ocurrido pensar que puedo negarme a colaborar con la New Galaxia, señor Nadelman?

—¡Qué tontería! Eso la perjudicaría enormemente a usted en el aspecto económico, y, además, haría que nosotros nos enfadásemos por su rebeldía. Una vez en la Galaxia, siempre en la Galaxia señorita Montfort. Estoy seguro de que usted no desea en modo alguno que nos enfademos con usted, ¿verdad? Además, tenemos grandes planes en los que usted será la protagonista… visible.

—¿A qué se refiere?

—La queremos en la Casa Blanca. Queremos que usted sea el nuevo Presidente de Estados Unidos, y ya estamos preparando ese asunto también…

—¿Quiere decir para mil novecientos ochenta?

—Sí, sí, desde luego.

—Señor Nadelman, hace un par de semanas me ocurrió…

—Sé todo lo que pasó hace un par de semanas. Y precisamente esa inclinación del pueblo hacia usted es lo que nos ha decidido a colocarla en la Casa Blanca. Naturalmente, al servicio de la New Galaxia.

—¿La Presidenta de Estados Unidos al servicio de un grupo de

multinacionales?

—¿Se sorprende usted? ¡Vamos...! ¿Acaso ignora que eso es precisamente lo que ha ocurrido siempre con los presidentes de esta nación? Casi todos ellos han estado al servicio de un grupo u otro... En el caso de usted, estará al servicio de la New Galaxia. Pero eso es para más adelante, dentro de un par de meses. Ahora limitémonos a los planes actuales, por favor: al Oilplan. De modo que sea tan amable de subir a su encantador apartamento y prepararse para viajar. ¿Tiene alguna duda?

—No.

—Muy bien. Espero que sabrá hacerlo todo bien. Hasta la vista, señorita Montfort.

—Hasta la vista, señor Nadelman.

Brigitte Montfort se apeó del Lincoln Continental, cruzó la acera, y entró en el Crystal Building, saludando al conserje, el viejo amigo Pete, que la contemplaba como siempre con aquella sonrisita entre admirada y estupefacta, pero que reaccionó enseguida, acudiendo a abrir la puerta del ascensor para el servicio entre los pisos veinte y treinta.

—Gracias, Pete. ¿Cómo va ese reuma?

Capítulo II

—Fatal —refunfuñó el viejo Pete—… ¡Pero me siento mejor cuando la veo a usted!

—En ese caso, debe de estar menos mal de lo que dice, porque nos vemos a menudo —rió Brigitte.

—Hace un par de semanas, sí. ¡Pero viaja usted tanto…!

—Eso es exactamente lo que debería hacer usted. Pero no a un sitio cualquiera, sino a uno especial. Me han hablado de un lugar donde hay unas aguas termales capaces de aliviar cualquier dolencia reumática en un par de semanas. Y precisamente, en esta época de frío y humedad de Nueva York, estaría usted estupendamente allá.

—Sí, claro, claro… ¡Debe de ser barato, ¿eh?!

—Tengo un amigo que se lo podría conseguir gratis. ¿Qué le parecerían tres semanas en ese lugar, todo pagado, incluso los viajes en avión?

—Me parecería que estaba soñando. Pero ¿quién ocuparía mi puesto aquí?

—Deje que yo me encargue de eso. ¿Está de acuerdo?

Pete se quedó mirando a la señorita Montfort. Sabía que era muy simpática, que era cariñosa, educada, amable, que nunca se enfadaba… Tenía todas las cualidades que al viejo Pete se le pudiese ocurrir buscar en una mujer.

¿Iba a resultar, ahora, que la señorita Montfort no era como él creía, y que se estaba burlando cruelmente de él, después de tantos años a su servicio en el Crystal Building? La respuesta que se dio a sí mismo el viejo Pete le hizo murmurar:

—Ya lo creo que me gustaría… Pero no se preocupe si no consigue nada. Ya estoy acostumbrado a Nueva York, y un poco más o menos de reuma…

—¡Brigitte! —tronó la voz de Minello en el vestíbulo—. ¡Eh,

Brigitte, espérame!

Llegó corriendo, mirándola con los ojos muy abiertos.

—Te estaba esperando, Frankie, precisamente. Sube. Hablaremos en mi apartamento. Hasta luego, Pete.

—Hasta luego, señorita Montfort. Hola, Frankie.

—Hola, Pete —mascullό Minello—… ¿Qué hay de ese reuma?

—Psé…

Apenas el ascensor inició la veloz ascensión hacia el piso veintisiete, Minello exclamó:

—¡Número Uno se ha ido detrás del Lincoln!

—Hombre, Frankie, ya lo sé. Y a ti te ha dicho que te quedaras junto a mí, pistola en mano, y que no te alejaras ni un momento. Por eso te estaba esperando.

—Ah —gruñó Minello—… ¡A veces me da la impresión de que tú y él os comunicáis telepáticamente!

—No hace falta tanto: sólo pensamos con lógica. Frankie, quizá tenga que marcharme a Europa, de modo que me harás un favor… Te voy a entregar un cheque por diez mil dólares, y dentro de un par de días se lo das a Pete, pero sin decirle que es mío…

—Verá tu firma en el cheque.

—Oh, cielos… ¡Pues cobras el cheque y le das el dinero en efectivo!

—¡Buena idea!

Brigitte miró torvamente a su querido amigo.

—¿Quieres hacer el favor de no hacerte el tonto conmigo? —refunfuñó—. Y otra cosa: busca entre tus amigos alguien de confianza para que ocupe el puesto de Pete durante un mes. ¿Conoces a alguien de confianza?

—¡Ya lo creo! ¿Qué te parece Número Uno?

Brigitte quedó atónita. Luego, se echó a reír de buena gana.

Piso veintisiete. Salieron del ascensor, y segundos más tarde entraban en el apartamento de Brigitte. Peggy, la rubita y fiel ama de llaves de la espía-periodista acudía a toda prisa hacia la puerta.

—Tiene una visita, señorita: el señor Mc Gee.

—Ah, sí… ¡Lo había olvidado!

—¿Mc Gee aquí? —se sorprendió Minello—. ¿Qué pasa?

—Nada especial.

—¿Cómo que nada especial? Mc Gee es el jefe del Departamento

de Armas Especiales de la CIA, y si lo estabas esperando será por algo, digo yo.

—Eso es cierto. Ya lo verás. Bueno, vamos a verlo.

—El señor Pitzer ha llamado varias veces preguntando por usted en pocos minutos —dijo Peggy—. La llamé al Morning, pero me dijeron que ya había salido usted de allí.

—¿Tío Charlie me ha estado llamando? Pues no sé qué…

—¡No sabes qué! —explotó Frankie—. ¡Yo te lo diré! ¡Que ya estás de nuevo en marcha, que no te dejan en paz ni un momento, que…!

—Frankie, cálmate. ¿Tío Charlie llamó por teléfono o por la radio, Peggy?

—Por teléfono, señorita.

—Bien. Frankie, sé tan amable de llamar por teléfono a la floristería de tío Charlie, a ver qué quiere. ¿Sí? Oh, llama desde el despacho, por favor.

—¿Qué pasa? ¿No quieres que yo vea a Mc Gee? ¿Qué es lo que os traéis entre manos?

—Dios mío, ¿cómo puedes ser tan astuto? —rió Brigitte—. De acuerdo, ven conmigo a ver a Mc Gee: si tío Charlie tiene tanta prisa por localizarme, volverá a llamar dentro de pocos minutos.

—¿Les sirvo el aperitivo, señorita? —se ofreció Peggy.

—Yo ya lo he tomado, pero invitaremos a Mc Gee y a Frankie.

—¿Dónde has tomado tú el aperitivo? —Se pasmó Minello, caminando junto a Brigitte hacia el salón.

—En el coche de El Gran Amo.

—¿De quién? ¡Zambomba, ahora que caigo: ni siquiera te he preguntado quién iba en el Lincoln, ni qué ha pasado…!

Entraban en el salón en aquel momento. Mc Gee se puso en pie en el acto, y su cabellera que parecía una escoba colocada al revés osciló, como alada.

—¡Querido Mc Gee! —Se acercó Brigitte a él tendiéndole las manos—. ¿Ha tenido buen viaje?

Mc Gee tomó las manos, y besó a Brigitte en ambas mejillas.

—Estupendo. Sobre todo pensando que venía a verla a usted.

—¡Viejo verde! —masculló Minello—. ¡Ya ha dejado sus sucias babas de espía en el rostro más maravilloso del mundo!

—Hola, Frankie —le sonrió Mc Gee.

—¡Y encima se ríe! —explotó Minello.

—No le haga caso —rió Brigitte—. Está enfadado consigo mismo, no con usted. ¿Ha traído eso?

—Sí —señaló Mc Gee una pequeña maleta sobre un sillón.

—Pues vamos a verlo. ¿Seguro que ya funcionan sin fallo de ninguna clase? ¡No quisiera electrocutarme!

—Usted sabe perfectamente que funcionaban ya bien cuando se las mostré en la Central, y hasta hicimos una prueba, ¿no es así?

—¿De qué estáis hablando? —refunfuñó Minello.

—De un par de pistolas de lo más especial, Frankie: una de ellas es eléctrica, y la otra dispara rayos Láser.

—¿Dispara… qué?

—Rayos Láser, es decir, *Light Amplification by Stimulated Emisión of Radiation*. O sea, Luz Amplificada por la Estimulación de la Emisión de Radiación…

—¡Ya sé lo que es el Láser! —exclamó Minello—. ¿Quieres decir que Mc Gee ha inventado una pistola que dispara rayos de esos?

—Efectivamente.

—¡Eso no es posible!

—¿Te gustaría hacer una prueba?

—¿Qué clase de prueba? —Se sobresaltó Frankie.

—Sostener una moneda con dos dedos, por ejemplo. ¿Podemos hacer eso, Mc Gee?

Mc Gee emitió una risita.

—Depende de la puntería de usted, porque si en lugar de acertar la moneda lo acierta él…

—¿Qué? —graznó Minello—. ¿Qué me pasaría?

—Si le acierta sólo en la mano, se queda sin mano —dijo Me Gee—… ¡Zas!, desaparece, cercenada, quemada, se evapora… ¿Comprende?

Mientras hablaba, Mc Gee había abierto la pequeña maleta, y Brigitte había empuñado las dos pequeñas pistolas que contenía, perfectamente encajadas en un lecho de terciopelo. Con una pistola en cada mano, se volvió a mirar a Minello, cuyos ojos volvían a estar muy abiertos.

—¿Qué, Frankie? ¿Te atreves a hacer la prueba?

Frank Minello no vaciló ni un instante…, y tenía sus buenos motivos: sabía que Brigitte Montfort, la agente Baby, jamás podía

fallar un disparo en posición estática y a aquella distancia. Esto era tan imposible que, en un segundo, Minello mostró la moneda entre sus dedos, colocada verticalmente y con la superficie hacia Brigitte.

La espía no titubeó: alzó el arma, apuntó un instante, y disparó. Pareció que de su mano izquierda brotase un relámpago en miniatura, que llegó a la moneda, en su centro exacto. Minello se estremeció al recibir el calambre, y la moneda saltó por el aire.

—¡Zambomba! —aulló—. ¡Has podido electrocutarme!

—Claro que no, puesto que la pistola está en posición de mínimo efecto —negó Brigitte—… Pero podría matarte, en efecto, si la coloco en disparo de máxima efectividad. ¿Quieres probar ahora con el Láser?

—Hombre, yo… Bueno…

—Yo lo haré —dijo Mc Gee.

—¡Usted no hará nada! ¡Yo lo haré!

—¡Caramba, Frankie, como me pareció que…!

—¡No tiene que parecerle nada! —Minello recogió la moneda del suelo, y volvió a sostenerla con dos dedos—. ¡Dispara, Reina de Todos los Cielos!

Brigitte apuntó ahora con la pistola que sostenía en la mano derecha.

Apretó el gatillo, y un delgadísimo y rectilíneo rayo de luz anaranjada cruzó el salón, y fue a dar en el centro de la moneda que Minello se apresuró a soltar, sacudiendo la mano y colocándosela acto seguido bajo el sobaco izquierdo.

—¡Zambomba, me ha quemado…!

—Olvidé que casi se pondría al rojo vivo al recibir el impacto —se disculpó Mc Gee, sacando un pañuelo—… Veamos cómo ha quedado.

Recogió la moneda con el pañuelo, y la mostró: tenía un diminuto y limpio orificio en el centro.

—Tardará un poco en enfriarse —murmuró Mc Gee—… Y eso que el disparo ha durado sólo una décima de segundo. Es fácil imaginarse lo que puede hacer esta pistolita con un disparo de cinco segundos Por eso, sólo es apta para manos como las de Baby…

—Necesitaré algunas más —murmuró Brigitte—… ¿Podrá proporcionármelas, Mc Gee?

—Bueno, es que… Caramba, compréndalo, Brigitte: si digo que

entrego armas de éstas a la agente Baby, nadie tiene nada que oponer en la Central, pero si digo que usted quiere más armas querrán saber para qué.

—Pero usted no tiene por qué decirlo —sonrió Brigitte.

—Vaya… Esto… Es que…

—¡Ésta es buena! —Lo miró aviesamente Minello—. ¿Y usted se considera amigo de Brigitte? ¡Menudo hipócrita! Viene aquí, recibe dos besos rejuvenecedores, sonrisas, se le invita a aperitivo, ¡y se pone a dudar cuando le piden unas cositas de nada!

—Bueno, no he dicho que…

El teléfono sonó, y Peggy, que tras recuperarse de su estupefacción, se disponía a servir los martinis, miró hacia el aparato, pero Brigitte se adelantó.

—Yo contesto, Peggy. Espero que sea tío Charlie… ¿Diga?

—…

—Hola, tío Charlie. ¿Qué ocurre?

—…

—Me temo que no comprendo muy bien.

—…

—De acuerdo. Dígame la dirección y voy para allá enseguida.

—…

—Sí… Entendido. Sí, sí, no se preocupe. Hasta ahora —colgó el auricular, quedó unos segundos pensativa, y, de pronto, se volvió hacia Mc Gee—… Va a tener que disculparme, Mc Gee. Considérese en su casa, naturalmente.

—Parece que Pitzer la necesita, ¿eh?

—Así es. Y con urgencia, de modo que…

—¡Yo voy contigo! —saltó Minello.

—No. Te vas a quedar aquí, contándole chistes a Mc Gee y atento a la posible llamada de Uno. Dejaré una radio junto al teléfono, de modo que si Uno me llama, podremos hablar utilizando la radio y el teléfono. ¿Lo entiendes?

—Esto… Yo…

—Lo que Brigitte quiere decir es que si Número Uno la llama por teléfono, usted llama a Brigitte por la radio que estará comunicada con la que ella va a llevarse; luego coloca la radio junto al auricular, y de este modo Número Uno y ella podrán conversar.

—¡Qué interesante! —Se pasmó Minello.

Mc Gee comprendió, y soltó un gruñido.

—Me ha estado tomando el pelo… ¡Lo había entendido enseguida!

—No puedo perder tiempo —dijo Brigitte, casi riendo—. Tengo que recoger unas cosas en el dormitorio…

—Te acompaño —dijo Minello—… ¡Pero sólo para que me expliques qué ha pasado en el Lincoln Continental y explicárselo a Uno si él llama!

—De acuerdo, Frankie. ¡Pero nada de tonterías, porque tengo mucha prisa…!

* * *

La rubia muchacha de ojos verdes se detuvo ante la puerta de aquel apartamento sito en un viejo edificio del Bronx, en el segundo piso, y pulsó el timbre. La puerta se abrió enseguida, atraída por un hombre alto, atlético, rubio, que sonrió encantado de la vida.

—Naturalmente, usted es usted —dijo.

—Y usted es Simón —sonrió la rubia—: uno de mis queridos Simones… Entiendo que me están esperando.

El agente de la CIA asintió, y se apartó. Cerró la puerta cuando la rubia hubo entrado, y señaló hacia el interior del apartamento. Recorrieron un pasillo, y entraron en un dormitorio. Baby comprendió en el acto que estaba ocurriendo algo importante.

Charles Alan Pitzer, jefe del Sector New York de la CIA, estaba allí, con otros tres agentes de la CIA… y con un desconocido. El desconocido fue, lógicamente, el que consiguió en el acto el interés de la agente Baby.

Era un hombre de unos treinta y cinco años, alto, esbelto, bien vestido. Sus cabellos eran rojos, sus ojos verdes, sus facciones atractivas, viriles, angulosas. Enseguida comprendió Brigitte que se hallaba ante una persona de inteligencia poco común, tan sólo mirando aquel par de ojos verdes y grandes que la contemplaban con contenida expectación. El pelirrojo estaba sentado en el borde de la cama, y junto a él se veía una grabadora funcionando. Pitzer detuvo la marcha de este aparato, y acudió al encuentro de Baby, la tomó de un brazo, y la sacó de aquel dormitorio. La llevó a otro, cerró la puerta, y murmuró:

—Ese hombre se llama Silvan Shanon, y ha buscado contacto con uno de los nuestros para pasar determinada información de la máxima importancia…

—¿Shanon? Me ha parecido que es ruso…

—No. Es norteamericano. Bueno, todo parece asegurarlo así, pero de todos modos llevaremos a cabo la investigación adecuada.

—Está bien. ¿Qué clase de información quiere pasarnos el señor Shanon?

—Es sobre la Galaxia Corporation. Bueno, ahora no se llama así, sino…

—¿New Galaxia?

Pitzer quedó atónito. Luego, hizo un gesto de resignación, moviendo los brazos.

—Me pregunto cuándo conseguiré sorprenderla con algo… ¡No me diga que ya sabe algo de la New Galaxia!

Brigitte explicó a Pitzer lo sucedido poco antes aquella misma mañana. El asombro del jefe de la CIA en Nueva York ya no era excesivo: estaba acostumbrado a que Baby fuese una especie de imán para todas las cosas extrañas o importantes que pudieran suceder. Acabó por mover la cabeza con gesto de desconcierto.

—Pero no entiendo lo que pasa… Por un lado, aparece ese Herbert Nadelman, El Gran Amo…, y por otro, Silvan Shanon, que ha recurrido a la CIA para denunciar la puesta en marcha de la New Galaxia…

—¿Ha recurrido a la CIA? Creí que había querido hacer contacto conmigo, con Baby.

—No. Sólo la CIA. Desde luego, si hubiese recurrido a la CIA en cualquier otro Sector, las cosas se habrían complicado, ya que ese hombre no tiene ni idea, al parecer, de que tanto la Galaxia como la New Galaxia sirven intereses de gente que está bien introducida en el poder de la nación. Él cree que sólo son un grupo de delincuentes de altos vuelos… ¡Ni por asomo se le habrá ocurrido la idea de que dentro de la New Galaxia puede incluso haber peces gordos de la CIA! Es decir, que al venir a delatar a la New Galaxia él mismo se ha puesto la soga al cuello.

—Quiere usted decir que se la habría puesto si usted no hubiese sido más fiel a mí que a nuestros jefes, ¿no es así? —sonrió la rubia —. En cuanto ha oído el nombre de Galaxia ha aislado a Shanon y

me lo ha presentado en bandeja…, porque ha comprendido que algo se está tramando de nuevo. ¿Cierto, tío Charlie?

—A decir verdad —murmuró Pitzer—, a mí tampoco me gusta mucho el uso que del poder hacen algunas multinacionales. Y como sabía que si Shanon hablaba con la CIA habitual, la Galaxia se enteraría de la delación y lo quitarían de en medio, he pensado que a usted le gustaría saber qué trama ahora la New Galaxia.

—Algo sobre el asunto de los rehenes norteamericanos de Teherán.

—Y más cosas. Por ejemplo, según Silvan Shanon parece que está en estudio un plan para asesinar a varios de los candidatos a la presidencia de Estados Unidos, a fin de dejarle el camino despejado al candidato que la New Galaxia quiere colocar en la Casa Blanca.

—Ese candidato soy yo —palideció la rubia—… ¿Eso ha dicho Shanon? ¿Asesinatos de candidatos? ¿Y qué más?

—Parece que se está gestando también un grandioso tráfico de seres humanos en África.

Brigitte se pasó una mano por la frente.

—¿Son de nuestra total confianza en un caso así esos cuatro Simones? —susurró—. ¿No hablarán demasiado, tío Charlie?

—Yo soy su jefe, y si les digo que además, también usted quiere que ellos no mencionen jamás este asunto, no lo harán. Podemos decirles que nos encargamos directamente del caso, que vuelvan a sus puestos y que den el asunto por finalizado a todos los efectos.

—Hágalo. Quiero que nos quedemos nosotros dos solos con el señor Shanon.

—De acuerdo.

Un minuto más tarde, los cuatro hombres de la CIA habían abandonado el apartamento, y Brigitte y Pitzer entraban en el dormitorio donde Silvan Shanon esperaba tranquilamente, fumando. Baby se sentó frente a él, encendió un cigarrillo, y murmuró:

—¿Ha oído usted hablar de la agente Baby, señor Shanon?

—Sí. A algunas personas de la New Galaxia.

—Yo soy Baby. Él es mi jefe de Sector, y si no fuésemos buenos amigos de siempre en lo personal, no me habría avisado a mí, sino a la Central de la CIA. En cuyo caso, usted estaría condenado a muerte.

—No comprendo —palideció ligeramente Shanon.

—La New Galaxia no es una… corporación u organización de altos vuelos pero independiente, dirigida por… maleantes más o menos corrientes, señor Shanon, sino que, en lo más profundo de su seno, en su origen, está regida por personajes importantes que ocupan puestos en grandes multinacionales, en el gobierno, e incluso en la misma CIA. La New Galaxia es el órgano… visible y realizador de planes de gente poderosa que nunca da la cara, y que tiene influencia en las más altas esferas de la nación. Lo que significa que si usted no hubiese tenido la suerte de hacer contacto en el Sector New York, su delación habría llegado en cuestión de minutos a sus jefes de la New Galaxia. ¿Lo comprende?

—Sí —jadeó Shanon—… ¡Pero yo no sabía…! ¡Creía…!

—¿Que la New Galaxia es un grupo de delincuentes… selectos, pero nada más? No, no es así. Ya le he dicho lo que es. ¿Conoce usted a Herbert Nadelman?

—¡Naturalmente! Él es…

—¿El Gran Amo? —sonrió la bellísima rubia—. Sí, lo sé. Tuve la… diversión simpática de conversar con él hace menos de dos horas. Pues bien: El Gran Amo no es más que El Gran Esclavo de esa gente de la que acabo de hablarle. Es el realizador, el ejecutor, el director de toda una serie de sucios planes destinados siempre a proporcionar dividendos a los seres que usted y yo seguramente jamás conoceremos. Pero, sí conocemos a la New Galaxia, y podemos… eliminarla, lo que será lo mismo que privar a esa gente de su instrumento de expolio en esta nación y en muchas otras del mundo. Si yo interpreto bien su decisión de informar sobre la New Galaxia, se trata de que usted desea que ésta no pueda seguir adelante con toda una serie de planes que lo han asustado a usted, finalmente. ¿Es así, señor Shanon?

—Sí… Sí, la verdad es que estoy asustado.

—Le creo. ¿Qué cometido tiene usted dentro de New Galaxia?

—Soy el jefe de la computadora central. Pero, escuchen, cuando fui contratado no esperaba esto, no podía imaginar que me ponía al servicio de criminales que…

—Eso ya lo ha demostrado usted al querer delatar a la organización. Interpretamos, mi jefe y yo, que es usted una persona lo bastante honesta y con sentimientos para negarse a colaborar en

determinadas monstruosidades. Ahora, dígame en qué consiste exactamente eso de ser el jefe de la computadora central.

—Bueno, tenemos un cerebro electrónico y toda una serie de computadoras que retienen todos los datos relativos a la organización en todo el mundo. En cuestión de segundos, podemos saber cualquier cosa que se nos ocurra respecto a los demás centros de computadoras de la New Galaxia…

—¿Los demás centros? ¿Cuántos hay?

—Aparte del centro director, que yo dirijo en su aspecto técnico, tenemos centros de computadoras en San Francisco, Anchorage, Ciudad México, Buenos Aires, Rio de Janeiro, Honolulu, Tahití, Sidney, Tokio, Hong Kong, Sri Lanka, Mombasa, El Cabo, Dakar, El Cairo, Tánger, Roma, Hamburgo y Londres…, de momento, Pitzer estaba atragantado, y Brigitte mostraba sus ojos abiertos como nunca. Por fin, reaccionó.

—Eso significa que la New Galaxia es mucho más poderosa que la otra vez —susurró—… ¡Dios mío, es como… como una medusa, que se va reproduciendo cuanto más la hacemos pedazos! En cuanto a usted, no debe de ser precisamente un angelito, cuando aceptó trabajar para la organización creyendo que eran «sólo delincuentes normales».

—Es verdad, no soy un angelito. Ni siquiera soy una persona honrada…, pero hay cosas que no se pueden soportar.

—¿Por ejemplo?

—Sé que tenemos dentro del cerebro central algunos datos para un plan que, según entiendo, terminará con la invasión de Irán por parte de tropas norteamericanas.

—¿El Oilplan?

—¡Sí…! ¿Cómo lo sabe?

—¿En qué consiste exacta y completamente ese plan? —preguntó a su vez Baby.

—No lo conozco completamente. Parece que El Gran Amo desconfía de todo y de todos, y sólo va pasándome los datos imprescindibles, por etapas, a medida que se van desarrollando. A medida que yo voy recibiendo instrucciones parciales, las paso a la computadora, la cual, a su vez, envía las instrucciones parciales al centro al que se las destina. Allá, el personal adecuado se dedica a cumplir las instrucciones enviadas a la computadora local. Bueno,

no sé si he conseguido que entiendan la explicación…

—Me parece que sí, señor Shanon. Y para estar seguros, pongamos un ejemplo. Supongamos que yo soy El Gran Amo, y que quiero que el personal de New Galaxia, secuestre un avión en el aeropuerto de Atenas… Le llamo a usted tras componer la orden total, que podríamos concretar así: cinco hombres armados deben salir en dirección a Roma desde París, y en Roma, esos cinco hombres procedentes de París serán llevados a Atenas en un yate, yate que estarán esperando otros cinco hombres de Atenas, para unirse a los cinco de París, y, los diez juntos, ir al aeropuerto de Atenas y secuestrar tal avión. Entonces, a fin de fragmentar el plan, le digo a usted que utilice la computadora para enviar a la computadora de París las instrucciones para que cinco hombres salgan de esta ciudad hacia Roma; luego, le digo que envíe instrucciones a la computadora de Roma para que un yate esté esperando a cinco hombres a fin de llevarlos a Atenas; a Atenas, enviamos a la correspondiente computadora instrucciones para que cinco hombres que conocen bien el terreno, esperen a los que llegarán en el yate, y se unan a ellos…, y sólo entonces llegará a Atenas la orden para que los diez hombres vayan al aeropuerto a secuestrar tal avión… Es decir, que habré estado movilizando personal y armamento, pero sólo hasta que todos los detalles estén a mi gusto daré la orden final. Lo que significa que si cualquiera de los integrantes del grupo sufre cualquier percance antes de que todo esté preparado, no pasa nada, pues nada saben en concreto, no saben que el asunto final es secuestrar un avión en Atenas. ¿Funciona esto así, señor Shanon?

—Sí… Exactamente. ¡Exactamente!

—Es evidente —dijo fríamente la rubia— que El Gran Amo es de verdad un hombre inteligente y astuto. En la anterior Galaxia, el cerebro central lo sabía todo, y eso fue la causa de su fracaso. Por eso, ahora, El Gran Amo se ha erigido a sí mismo como en… integrante de la computadora, el que posee toda la información completa, mientras que todas las demás computadoras, supeditadas a la que usted maneja, sólo van recibiendo informes e instrucciones parciales. Ahora bien, debo entender que esas instrucciones parciales todavía no han sido enviadas, así que usted sólo sabe, del Oilplan, que su realización determinaría la invasión de Irán por

tropas norteamericanas. ¿Es así?

—Sí.

—Bueno, pero debe usted de conocer cuando menos una parte del plan, su inicio, supongo.

—Sí, eso sí.

—Muy bien: ¿qué dice ese inicio del Oilplan?

—Las instrucciones han sido enviadas con destino a la computadora de París, y dicen así: dos hombres deberán esperar a la señorita Brigitte Montfort en el aeropuerto de Orly el próximo jueves para indicarle que se dirija a Roma.

—¿Eso es todo?

—Que yo sepa, hasta ahora, sí.

—¿Y no sería más práctico enviar directamente a Roma a la señorita Montfort? —preguntó Pitzer.

—Nadelman lo ha dispuesto así, no sé nada más, señor.

—¿Dónde tienen ustedes instalada la computadora central, la que usted dirige? —preguntó Baby.

—En una hermosa quinta frente al mar, en Long Beach, en Long Island.

Parece un lugar de recreo, privadísimo, pero es el cuartel general; de ahí parten las órdenes hacia todas las demás computadoras distribuidas en todo el mundo. Somos más de veinticinco personas trabajando en esa quinta.

—¿Cuál es la dirección exacta de esa quinta?

—2717, Beach Boulevard.

—¡Podemos enviar allá…! —empezó Pitzer.

—No, no, tío Charlie. Todavía no. A mí me gustaría saber qué es lo que tiene que hacer la señorita Montfort en París, y luego en Roma… Me gustaría mucho saberlo. Señor Shanon —volvió a mirar de nuevo a éste, fijamente—, hace rato que estoy pensando en la posibilidad de que usted, al delatar a la New Galaxia, no esté haciendo más que obedecer instrucciones de Herbert Nadelman, es decir, que su delación forme parte del Oilplan. ¿Me comprende?

—Sí, pero eso no es cierto.

—¿Por qué hemos de creerle a usted? ¿Cómo podría convencernos de que no está sirviendo en realidad a New Galaxia, la cual, por medio de su Gran Amo, fatuo, engreído, pero indudablemente inteligente, ha tramado un plan que incluye esta

delación de usted? ¿Cómo podría convencernos de que no es así, señor Shanon?

—De ninguna manera, lo siento. La comprendo a usted, tengo que admitir la lógica de su desconfianza, pero, lamentablemente, sólo puedo decir que no miento. Pueden aceptar o rechazar mi información, eso es todo.

—Pero… ¿por qué lo ha hecho?

—He llegado a pensar que la invasión de Irán por medio de tropas norteamericanas no sería precisamente bien vista por Rusia, que tiene fronteras con Irán.

—Ya… Sí, eso también es razonable. Bueno, debo…

En el escote de la rubia sonó un zumbido, y ella se apresuró a sacar la radio.

—¿Es Uno? —preguntó Pitzer.

—Podría ser él… ¿Sí? —admitió la llamada.

—Señorita Montfort, soy yo. ¿Me recuerda?

—Naturalmente, señor. Estuve charlando con usted muy agradablemente mientras tomábamos el aperitivo en su coche.

—Perfecto. Es respecto a su viaje: preséntese en el Kennedy Airport dentro de tres horas. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Feliz viaje.

—Gracias.

Baby cerró la radio, sonriendo secamente.

—Era la voz de Nadelman… —murmuró Shanon, lívido.

—En efecto. Él cree que he hablado por teléfono desde mi apartamento, merced a un pequeño truco. Bien, voy a tener que volver allá, recoger mi equipaje, y marchar hacia el aeropuerto.

—Pero entonces, usted… Bueno, si es Baby… Quiero decir que Nadelman la ha llamado señorita Montfort, pero usted no… no es Brigitte Montfort… La he visto hace días en miles de pósteres, y sé que usted no es ella…

—Señor Shanon: ¿usted está realmente decidido a que New Galaxia sea aniquilada de una vez por todas, a fin de que no sean puestos en marcha planes como el Oilplan?

—Sí. Ya he dicho que no soy un angelito, pero…

—Le voy a hacer una oferta, señor Shanon: doscientos mil dólares anuales por trabajar para la Love Organization Unite.

—¿La Organización Amor Unido? —Se pasmó Silvan Shanon.

—La L. O. U. es su sigla. ¿Acepta usted?

—Bueno, no sé… Estoy desconcertado…

—Como habrá comprendido por el nombre de la
L. O. U.,
sus directrices son bien diferentes a la New Galaxia. No usamos el nombre Amor a la ligera.

—Sí, entiendo eso, pero si pudiera explicarme…

—No dispongo de tiempo para tanto. Sin embargo, le voy a dejar mi radio —se la entregó—… Oportunamente, alguien le llamará por ella, y le dirá qué es exactamente lo que usted tiene que hacer. Mientras tanto, ¿podría usted regresar junto a su computadora o ya se habrán percatado de su traición?

—Puedo volver. Dije que salía para asuntos personales…

—Vuelva allá y espere. Eso es todo, señor Shanon. Naturalmente, por el momento siga a las órdenes de El Gran Amo…, hasta que la persona que le llamará disponga otra cosa. Esa persona, señor Shanon, merece toda mi confianza, pero quiero advertirle de que ni usted ni nadie podrá engañarla, y que su vida no valdrá nada si lo intenta. ¿Está claro?

—Sí… Sí, sí.

—Bien venido a la L. O. U., señor Shanon. —La rubia se puso en pie—. Es usted nuestro primer miembro contratado. Por poco inteligente que sea tiene usted asegurada una vida plena, satisfactoria y radiante. No desaproveche la oportunidad. ¿Nos vamos, tío Charlie?

Cuando Pitzer y Baby salieron del apartamento, Silvan Shanon todavía permaneció un buen rato estupefacto, mirando la pequeña radio que la bellísima rubia había dejado en su mano.

Capítulo III

En la mano de Número Uno descansaba la pequeña radio, que formaba pareja con la recibida una hora y pico antes por Silvan Shanon. Y Número Uno, en silencio, contemplaba sombríamente aquella radio. Por fin, alzó la cabeza, y miró a Brigitte a los ojos.

—¿No crees que te has precipitado al confiar en un hombre que, a fin de cuentas, se empleó en una organización delictiva?

—Quizá sí, mi amor. Pero si Shanon está jugando sucio, sé que tú lo matarás.

—Ése no es el problema. El problema es saber qué es lo que esa gente quiere que haga exactamente Brigitte Montfort en Teherán.

—Ya te he dicho que mi trabajo consistirá únicamente en escribir determinados artículos sobre lo que se supone va a suceder pronto en Teherán. Pero de momento voy a París, y entiendo que luego a Roma.

—Sabes muy bien que yo debería acompañarte.

—No es posible. Los de New Galaxia se darían cuenta. Y por otra parte, si tú vienes conmigo, ¿quién va a controlar aquí a El Gran Amo y todo su tinglado? Puedes llamar a Shanon cuando quieras, y sé que se te ocurrirá lo mejor, que harás lo perfecto… ¿Por qué no puedes pensar tú lo mismo de mí, que haré bien las cosas?

—Sé que haces bien las cosas, pero…

—Mi amor: si el Oilplan sigue adelante, cabe la posibilidad, por remota que nos parezca, de que las tropas norteamericanas invadan Irán… ¿Qué te parece que podría significar eso?

—El caos. Pero…

—Me están esperando en el aeropuerto, mi amor.

Número Uno asintió. Guardó la radio en un bolsillo, tomó el rostro de Brigitte entre sus manos, y la besó en los labios.

—Ten cuidado —murmuró.

—Y tú también. No sigas utilizando mi Thunderbird, porque si lo

vieron cerca de esa quinta de Long Beach cuando seguiste a Nadelman, y lo vuelven a ver… ¡Oh, qué tonterías estoy diciendo! ¡Estaba dando instrucciones a Número Uno!

—Bueno, no eres la única en cometer tonterías: yo se las estaba dando hace poco a la agente Baby.

—Uno: te amo.

Brigitte besó a Número Uno en los labios, y se apeó del Thunderbird. Pocos pasos más allá, tomó un taxi, a cuyo conductor pidió que la llevase al Kennedy Airport. Aquí, un hombre entregó a la preciosa viajera un pasaje para París en un avión que salía cuarenta minutos más tarde.

Casi cincuenta minutos más tarde, desde la ventanilla del avión, la señorita Montfort veía a su derecha el resplandor de Nueva York, con mayor intensidad en el centro y hacia el Sur. Manhattan. El centro del mundo, para algunos. Para ella, el lugar al que siempre volvía, dolida por los más duros golpes. Podía vivir en Manhattan como una auténtica reina, sin más preocupaciones que la de convertir cada día de su vida en un interminable gozo…, y sin embargo, una vez más, allá iba, dispuesta a jugarse la vida…

* * *

Veinticuatro horas más tarde, la señorita Montfort llegaba al aeropuerto de Leonardo da Vinci, en Fiumicino, cerca de la capital italiana. Allá, como había sucedido en Orly, la estaban esperando dos hombres que, evidentemente, no tuvieron la menor dificultad en identificarla.

—¿Señorita Montfort? —preguntó uno de ellos, en perfecto inglés.

—Sí…

—Tenemos un coche a su disposición, para llevarla a un lugar donde podrá descansar hasta mañana por la mañana: su avión hacia Istanbul sale a las ocho treinta y cinco. ¿Tiene algún problema en cualquier sentido?

—Sólo uno: ¿podrán conseguirme una botella de vino Valpolicella para la cena?

Los dos hombres se quedaron mirándola estupefactos. Eran altos, parecían inteligentes, intentaba ser amables…, pero no eran, ni de

lejos, de la categoría de los Simones que solían recibir a la agente Baby en cualquier parte del mundo…

—¿Desea usted beber Valpolicella? —preguntó por fin uno de los sujetos.

—Eso creo haber dicho. Pero si no es posible, está bien.

—Tendrá que ser posible —gruñó el otro—: tenemos órdenes de complacerla absolutamente en todo, y allanar cualquier dificultad que surja en su camino. Pero nos parece un capricho extraño.

—¿Extraño? —Alzó las cejas Brigitte.

—Hay muchos vinos buenos en Italia, y bastantes de ellos mejores que el Valpolicella —dijo el otro.

—Yo he pedido Valpolicella.

—¿Acaso está usted preñada? —sonrió el hombre, como divertido—. Su insistencia es propia de una preñada caprichosa.

—Y a las preñadas no les va bien el alcohol —dijo el otro, casi riendo.

—No estoy «preñada» —dijo amablemente Brigitte—, pero si alguna vez llego a estarlo, espero que mis hijos no se parezcan a ustedes. Olviden lo del vino.

—No, no… ¡Lo conseguiremos!

—¿Le parecemos feos? —se interesó el otro.

La conversación era estúpida, propia de dos hombres cuya mentalidad estaba a bajísimo nivel en todos los aspectos. Sobre todo, al parecer, lo que les hacía más gracia era estar al servicio de una mujer. Les divertía…, o, al menos, querían tomárselo un poco a broma, como si ello les tranquilizara su masculinidad. Chocante.

—No, no me parecen feos en absoluto —sonrió la divina espía—: sólo un poquitín retrasados mentales. ¿Serán tan amables de ocuparse de mi equipaje?

Los dos se quedaron mirándola hoscamente. Uno de ellos se dispuso a ir en busca del equipaje de Brigitte, mientras el otro la acompañaba adonde tenían el coche. Brigitte ocupó el asiento de atrás, de tal modo y con tal arte que cuando regresó el que había ido a por las maletas, e intentó sentarse a su lado, no le fue posible, de modo que tuvo que sentarse junto al conductor, es decir, su compañero de recepción y de retraso mental.

Media hora más tarde, Brigitte quedaba instalada en una casita cerca de Lido di Ostia, donde esperaba una cena fría, escasa de

atractivo, y no precisamente adecuada para la noche. Eso sí: por e] camino, los dos sujetos habían conseguido el Valpolicella, sobre el cual estuvieron bromeando mientras cenaban acompañando a Brigitte, que les observaba con curiosidad. No sólo se bebieron el contenido de la botella que habían comprado para ellos, sino el vino que quedó en la botella de Brigitte.

Había un error de base en la New Galaxia: no sabía contratar al personal adecuado para cada trabajo. Estaba claro que si El Gran Amo no se había preocupado, por otra parte, de que la futura Presidenta de Estados Unidos al servicio de New Galaxia tuviese mejores anfitriones, era porque la consideraba de insuficiente categoría para que él se molestase en semejantes detalles. Esto también era chocante. Incluso gracioso. Pero había una cosa que tenía inquieta a Brigitte Montfort: ¿realmente Herbert Nadelman era tan poco cauto que menospreciaba a personas que habían demostrado su valía? Aunque Nadelman no fuese tan listo como él mismo creía, era forzoso que estuviese enterado de la gran calidad humana de la señorita Montfort…

¿Y pese a esto, y pese a que decía que la querían en la Casa Blanca, prescindía de cualquier detalle de atención o complacencia?

Hacia las diez y media de la noche, Brigitte estaba en uno de los dormitorios, ya en pijama, dispuesta a acostarse. Un precioso pijama de color azul cielo, como sus ojos… y que hizo relucir los de uno de los sujetos cuando, bruscamente, entró en el dormitorio.

—¿Qué desea usted? —preguntó fríamente Brigitte.

La mirada del hombre recorrió el cuerpo femenino de tal modo que casi pareció palparlo. Se recreó en la forma de los pechos en el fino tejido; en la larga cabellera negra, suelta, espléndida; en el escote que permitía ver una discreta porción de los dorados senos…

—Solamente quería asegurarme de que está bien instalada, o si necesita algo…

—Estoy muy bien instalada, gracias. Y buenas noches. El hombre sonrió expresivamente.

—¿De verdad no necesita… nada de nada?

—Agradezco mucho su interés, pero no necesito nada de nada.

—Bueno, si cambia de opinión, avísenos.

—Es usted muy amable. Hasta mañana.

El hombre se retiró, de mala gana, y por supuesto decepcionado,

y casi sorprendido por el rechazo. Brigitte ni siquiera se molestó en comprobar si la puerta tenía llave, para cerrar por dentro. No temía en absoluto nada de lo que pudieran hacer aquel par de desgraciados, y sabía que si entraban en el dormitorio cuando ella estuviese durmiendo, se despertaría.

Estaba tan segura de sí misma que incluso desdeñó la idea de colocar bajo su almohada una de las tres pistolitas que ahora formaban parte de su dotación oculta en el doble fondo del maletín rojo con florecillas azules estampadas No valía la pena molestarse.

Minutos más tarde, dispuesta ya a dormir, cerrados los ojos, sus pensamientos volaron hacia Estados Unidos. En Nueva York debían de ser las dos y pico de la tarde… No, no: las cinco. Sí, más o menos, las cinco.

¿Cómo estarían las cosas por allí?

¿Qué estaría haciendo Número Uno?

* * *

Número Uno colgó el auricular del teléfono del salón del apartamento de Brigitte, y miró su reloj de pulsera de esfera negra: eran las cinco y diez minutos de la tarde.

—¿Sabe? —dijo Minello—: cada día me gusta usted más, Uno.

El mejor espía masculino de todos los tiempos miró con leve gesto irónico a Frankie.

—No le suponía esas tendencias, Frankie.

—¡De veras! —rió Minello—. ¡Cada día me gusta más! Eso que ha hecho está muy bien —señaló el teléfono—: ¡ha sido una magnífica idea! De todos modos, yo estaría más tranquilo si usted estuviese ahora con Brigitte.

—Yo también, pero así son las cosas. De todos modos, no está de más tomar precauciones.

—Desde luego. Pero si ella se entera, se enfadará.

—Que se enfade —encogió los hombros Uno.

—¿No le importa?

—En absoluto. Los enfados de Brigitte conmigo me recuerdan esas flores que se cierran durante la noche: al día siguiente, cuando se abren, huelen mejor.

—¡Zambomba! ¡Cuando yo digo que usted va terminar de

filósofo…!

—Tengo que irme ya —Número Uno cogió su chaqueta y se la puso, ocultando así la funda axilar con la automática—… Me llevo todo lo mío, Frankie, así que si alguien pregunta por los invitados de Brigitte, recuerde que debe decirle que hace dos días que no tiene invitados aquí. A todos los efectos, suponiendo que alguien tenga noticias de mi presencia ocasional en este apartamento, me fui hace días.

—¿Cree que la New Galaxia investigará esa parte?

—No lo sé, pero yo nunca menosprecio a nadie. Le iré llamando regularmente, pero usted sólo me llamará a mí si ocurriese algo preocupante, ya sabe —señaló el teléfono—… En ese caso, avíseme inmediatamente, para que yo pueda salir en el acto hacia Europa.

—Gracias —murmuró Minello.

Número Uno tuvo que hacer un esfuerzo para ocultar su profundo afecto hacia Frank Minello, que le daba las gracias por el hecho de que él se hubiese ocupado de que Brigitte estuviese bien respaldada en todo momento en su viaje.

—Bien… Hasta la vista.

—Buena suerte.

Número Uno asintió, y segundos después salía del apartamento. Poco más tarde, aparecía en el estacionamiento subterráneo del Crystal Building, y se metía en el coche que había alquilado aquella mañana. Salió por la rampa a la Quinta Avenida, y condujo sin prisas. A fin de cuentas, para lo que quería hacer, era mejor que llegase allá de noche…

Y prácticamente era de noche cuando llegó a Long Beach, en Long Island. Dejó el coche a unos quinientos metros de la quinta donde estaba instalado el cuartel general central de la New Galaxia, y se fue acercando como quien disfruta de un tranquilo paseo. Era ya noche completa cuando avistó la quinta, en la que se veían algunas luces encendidas. La casa era grande, hermosa, confortable, muy bien cuidada. Tenía piscina, y dos pistas de tenis. Aquella misma mañana había visto a varias personas jugando en ellas; nadie en la piscina, desde luego.

Incluso había mujeres en la quinta. Dos de ellas habían estado jugando el tenis, precisamente. Para cualquiera, aquella quinta no tenía nada de especial, no podía llamar la atención salvo en su

aspecto de opulencia…, pero había muchas como ésa, muchísimas. Gente que vivía bien, iba y venía, utilizaba coches, jugaba al tenis… Imaginar que dentro de aquella casa estuviese el «cerebro» capaz de transmitir órdenes a otras computadoras distribuidas en todo el mundo era meterse en el mundo de la fantasía.

No parecía que hubiese nadie vigilando especialmente los jardines, pero Número Uno decidió no correr el menor riesgo. No riesgo personal, sino riesgo táctico: un error por su parte podía poner en serio peligro la vida de Brigitte, de modo que decidió hacer las cosas del modo que le pareció más fácil. Ya rebasada la quinta, se acercó a la playa, hasta encontrar un lugar solitario. Allí, abrió el portafolios, y sacó la pequeña radio, cuyo resorte de llamada apretó.

Dejó que la radio zumbase una sola vez, y la apagó. Luego, quedó inmóvil en tan discreto lugar, esperando ser llamado a su vez.

Casi seis minutos más tarde, oyó la voz de hombre:

—¿Qué…? ¿Quién es?

Número Uno sonrió prietamente.

—¿Señor Shanon? —preguntó.

—¿Quién es usted?

—Puede llamarme Clark: soy amigo de la persona que le entregó la radio que está utilizando ahora, y, en definitiva, quien va a darle órdenes a partir de este momento…, salvo que usted no sea Silvan Shanon.

—Sí…, soy Shanon, sí. ¿Qué es lo que quiere?

—¿Puede salir de la quinta durante unos minutos?

—Ahora, no. Pero lo hago con alguna frecuencia después de cenar. Claro que si es urgente…

—Relativamente. Tengo que entrar en contacto personal con usted antes de que Nadelman se marche de la casa. ¿Está todavía ahí, supongo?

—Sí, sí, él está aquí… Estábamos… enviando instrucciones a Esmirna, precisamente: Esmirna, Turquía, ya sabe.

—Sé dónde está Esmirna. ¿Qué clase de instrucciones?

—Puedo salir dentro de una hora, más o menos, y creo que podré arreglármelas para hacerlo antes de que Nadelman se marche. ¿No le parece mejor que hablemos entonces?

—De acuerdo. Entiendo que suele dar usted un paseo, ¿no es así?

—Exactamente.

—Muy bien. Camine hacia la playa, hacia el norte. Si cree que alguien de la casa lo está viendo, tóquese de cuando en cuando la barbilla, y dejaríamos el contacto para mejor ocasión. ¿Lo entiende?

—Sí.

—Es todo.

Sesenta y tres minutos más tarde exactamente, Silvan Shanon apareció por la avenida, paseando plácidamente. Desde su discreto punto de observación, Número Uno lo estuvo mirando sin parpadear, desviando de cuando en cuando la mirada hacia detrás de Shanon, hacia la quinta. Pero no parecía que nadie le siguiese, ni Shanon se tocó la barbilla ni una sola vez, así que Número Uno se dejó ver por Shanon, y alzó un brazo. Shanon caminó unos pocos pasos más por la avenida, pero desviándose ya hacia la playa.

Poco después, quedaba frente a Número Uno. Silvan Shanon era alto, pero tuvo que alzar la vista unos centímetros para mirar los ojos del hombre que él conocería como Clark…, el cual hizo respingar a Shanon cuando, rápidamente, palpó su cuerpo, en especial la parte de los bolsillos y las axilas.

—Pero… ¿qué demonios hace usted? —exclamó Shanon.

—Señor Shanon, no soy dado a las truculencias ni a las amenazas, pero quiero que sepa desde el primer momento que tampoco soy dado a dejarme engañar o traicionar. Soy un hombre sumamente peligroso y rencoroso, quiero lo sepa. ¿Comprende lo que quiero decirle?

—Desde luego.

—Está bien. ¿Qué clase de instrucciones estaban enviando a Esmirna?

—Sobre la señorita Montfort. Deberán esperarla en Istanbul, y luego llevarla a Esmirna en una avioneta.

—¿Quién la espera en Esmirna?

—No sé nada más. Nadelman va facilitando las instrucciones con cuentagotas, lo siento.

—Lo que significa que todavía no está usted completamente al corriente del Oilplan.

—No.

—Llámeme por la radio en cuanto lo sepa. Deje que suene una sola vez, y espere unos cinco minutos para volver a hacerlo si no contesto en el acto. ¿Hay alguna novedad ahí dentro, algo especial en algún sentido…?

—No. Todas las actividades del circuito de la New Galaxia están bloqueadas, excepto las que se refieren exclusivamente al Oilplan. Quiero decir que en estos momentos la New Galaxia no atiende ningún otro asunto.

—De acuerdo. Tenga esto —Shanon sintió en la palma de su mano el contacto de un objeto frío, metálico—: es un emisor de señales, que quiero que coloque usted en el coche de Nadelman; es magnético, de modo que bastará que lo adhiera a la parte interior de la carrocería, o debajo. Quiero decir, naturalmente, que no debe ser visible. Regrese enseguida, y colóquelo. Si dentro de diez minutos no me ha llamado, entenderé que no ha tenido dificultad en hacerlo. Pero, sobre todo, no haga nada, no intente colocarlo, si teme que puedan verlo. No quiero riesgos, señor Shanon.

—Es usted muy amable —masculló éste.

—Con mis amigos y colaboradores, sí. Adiós.

—¿Puedo hacerle una sola pregunta?

—Hágala.

—¿Es o no es Baby la señorita Montfort?

—Respuesta denegada.

—Lo digo porque Nadelman odia a muerte a la agente Baby, y en cambio, está utilizando a la señorita Montfort. Si, como me pareció entender, son la misma persona, está claro que Nadelman no lo sabe. Pero si llega a saberlo hará pedazos a la señorita Montfort, aunque todo el Oilplan se vaya al demonio.

—Su información será tenida en cuenta, señor Shanon.

Éste asintió con un gesto, se guardó el emisor de señales, y emprendió el regreso hacia la quinta. Número Uno esperó un par de minutos, y se dirigió hacia donde había dejado el coche. Transcurrió el tiempo convenido con Shanon sin que éste llamase, de modo que Uno comprendió que el emisor había sido colocado en el Lincoln Continental de El Gran Amo. Sacó entonces del portafolios el receptor, lo puso en marcha, y enseguida percibió la señal de contacto, en forma de breves silbidos.

Sólo tenía que esperar.

Miró su reloj de pulsera, y calculó mentalmente. En Roma, y por tanto en Lido di Ostia, debía de ser más o menos la una de la madrugada…

* * *

A las ocho y treinta y cinco de la mañana, la señorita Montfort partió hacia Istanbul. Aquí, otros dos sujetos, de aspecto más vulgar que los de Roma, pero más simpáticos, la estaban esperando. Eran las doce y cuarenta y cinco minutos de la mañana. Mañana de sol, insólitamente bochornosa, extraña. Los dos hombres hablaban el inglés aceptablemente, y uno de ellos, el que lucía un formidable mostacho y tenía unos dientes blanquísimos, se interesó amablemente por la incansable viajera.

—Espero que haya tenido usted buen viaje, *Miss*.

—Muy bueno, gracias —sonrió Brigitte—. Pero empiezo a estar un poco cansada de tantas etapas. ¿No podríamos arreglarlo de modo que fuese ya directa a Teherán?

—¿A Teherán? —Se pasmó el bigotudo—. Perdone, *Miss*, pero nosotros no sabemos nada de Teherán: tenemos que llevarla a Izmir, ésas son nuestras instrucciones.

—A Esmirna —suspiró Brigitte—… Bueno, espero que el viaje resultará confortable, al menos.

—Oh, sí, *Miss*: ¡tenemos una magnífica avioneta, créame!

—Está bien. ¿La van a pilotar ustedes?

—Sí, sí… Todo lo que usted quiera, nosotros se lo damos, *Miss*. ¿Quiere algo? ¿Todo bien? ¿Comer, quizá?

—He almorzado en el avión, de modo que por mí podemos partir cuando gusten.

—Muy pronto, *Miss*, muy pronto, ¡enseguida!

Partieron casi cuarenta minutos más tarde, entre unas cosas y otras. En pleno vuelo, los dos hombres se dedicaron a almorzar, de cualquier manera.

No eran precisamente sibaritas…, y no sabían nada de nada. El sencillo truco de sonsacarlos mencionando Teherán no había servido de nada. Brigitte Montfort comenzaba a sentirse aburrida de verdad…, y francamente cansada de tanto viajar.

Bueno, al menos se iba acercando a Teherán.

Lo que significaba que, inevitablemente, pronto tendría que saber en muy buena parte en qué consistía el Oilplan, ya que se contaba con ella para realizar una parte del mismo. Estaba segura de que en cuanto conociera su parte, podría deducir el resto. Y entonces, sólo entonces, habría llegado el momento de tomar decisiones serias.

Mientras tanto, allá iba, hacia Esmirna…

Capítulo IV

En Izmir, un coche estaba esperando a la señorita Montfort; un viejo e increíble Chevrolet cuyo modelo había desaparecido ya hacía años de las carreteras norteamericanas, pero que todavía trotaba por las turcas. Sí, trotaba, o, al menos, eso le parecía a Brigitte, que soportaba estoicamente las sacudidas, que aumentaron cuando el automóvil tomó una carretera de tierra dura y desigual. Es decir, que ni siquiera tendría el pequeño placer de ver Esmirna. La estaban llevando tierra adentro, rebotando dentro de aquel coche que se estaba convirtiendo en un horno.

Eran casi las cinco de la tarde cuando, finalmente, el Chevrolet fantástico enfilaba un estrecho camino que parecía conducir directo a un conjunto de pequeñas y chatas edificaciones que parecían abandonadas. Un caserío, quizás una granja, que sin duda había conocido tiempos mejores. El cielo estaba azul, el aire parecía ahora más transparente, el calor era seco.

El coche se detuvo en el centro de aquel caserío extraño y silencioso. Aún resaltó más el silencio cuando el hombre, uno solo en esta ocasión, paró el motor.

Se volvió a mirar a Brigitte.

—Hemos llegado, señorita.

—Hemos llegado… ¿adónde? El turco sonrió.

—A su destino. La están esperando.

Brigitte vio un par de cabras polvorientas aparecer por la esquina de una de las casuchas, y sonrió. ¡Magnífico comité de recepción!

—Dan leche —dijo el turco.

—¿Eh…? Oh, claro: para eso están en el mundo, para darnos leche, ¿no es así?

El hombre se desconcertó.

—Sí, sí, para eso.

—Pues no —dijo amablemente Brigitte—: no están en el mundo para darnos leche a nosotros, sino a sus crías, pero nosotros, como hacemos con todo, nos apoderamos de ella, y en lugar de dejársela a las crías, hacemos queso y otras cosas. ¿No está de acuerdo?

Lo que estaba el hombre era estupefacto. La nueva idea de que la leche de las cabras no era para el Hombre parecía tener dificultades para llegar a la consciencia de su mente.

Por fortuna, no tuvo que seguir una conversación en la que navegaba sin rumbo: aparecieron dos hombres de una de las casuchas, y uno de ellos abrió la portezuela de atrás del coche.

—Sea bien venida, gracias por venir, puede salir —dijo de carrerilla, como un muñeco parlante.

La espía más importante del mundo se apeó del carruaje polvoriento. Respiró aliviada. Afuera el calor era menor, y el aire estaba limpio, era agradable. Se volvió, y pudo ver el azul desvaído del mar en la distancia.

—¿Dónde estamos? —preguntó.

—En Turquía, *Miss*.

—¡Aaah! —Se pasmó Brigitte, mirando el raído *fez* del hombre —. Vaya, me alegro: ¡me gusta Turquía!

El hombre sonrió satisfechísimo, y se tocó el pecho con un pulgar.

—Gamar —dijo; señaló al otro—… Nabir. Gracias, bien venida, puede salir, venga.

—Gracias, gracias, ya he salido, voy —rió Brigitte.

Una cabra baló. A lo lejos se oyó el ladrido de un perro. Los dos hombres caminaban hacia la puerta de la casucha de la cual habían salido… De alguna parte, llegó al finísimo oído de la espía un sonido tan característico que no admitió que pudiese confundirse en lo más mínimo: el chasquido metálico de un arma de fuego al ser montada para disparo, un seco clac-clac. Se detuvo de repente, y su cabeza giró, sus ojos buscaron vivamente el origen del sonido por los deteriorados tejados de las casas. Oyó un par más, y sus facciones se crisparon levemente…

—No, *Miss*, no peligro —dijo Gamar—… Sólo entreno, ¿comprende? ENTRENO.

Brigitte parpadeó. Era una tontería conversar con los hombres que hasta el momento había ido encontrando, así que apretó los

labios, y siguió caminando.

Doce segundos más tarde comprendió que por fin podría conversar a un nivel adecuado con alguien. Allá, en la angosta estancia iluminada parcialmente por el resplandor del sol, distinguió al hombre. Delgado, de rostro muy moreno, ojos negrísimos, facciones angulosas, vestido a la europea con cierto estilo. Llevaba una barbita que a Brigitte, precisamente, le recordó la de los chivos, y que se movió graciosamente cuando el hombre se puso en pie ante la otomana que había estado ocupando.

—Bien venida, señorita Montfort —dijo en impecable inglés—… Espero que haya tenido buen viaje.

—He tenido buenos viajes, gracias, señor…

—Negotar Ibta, a su disposición.

—¿Negotar Ibta? Es un nombre que no me suena a turco…

—En realidad, no es propiamente un nombre, sino una… denominación mixtificada, una simple identificación para facilitar nuestras relaciones.

—De todos modos, usted no es turco —murmuró Brigitte.

—¿Qué importa lo que yo sea? La persona importante aquí es usted, naturalmente. Por favor, venga a sentarse… ¿Desea tomar algún refresco?

—Preferiría café, si no le importa.

—Claro que no… Nabir, prepara café. Tú también puedes retirarte, Gamar. Quedaron los dos solos en la estancia estrecha y sombría. El sol parecía no encajar allí. Las paredes estaban sucias, no se veía una sola bombilla o lámpara… Cuando Brigitte se sentó en la otomana junto a Negotar Ibta, tuvo la impresión de que se levantaba una nubecilla de polvo.

—El lugar no es el que usted se merece —dijo Negotar—, pero es muy tranquilo y seguro, y, ciertamente, no permanecerá usted aquí mucho tiempo. Espero que sepa soportar estas pequeñas molestias.

—No se preocupe. Pero me gustaría saber cuánto tiempo voy a permanecer aquí.

—No más de cuarenta y ocho horas, espero. Mientras tanto, podrá trabajar tranquila.

—¿Trabajar?

—Lo tengo todo preparado, aunque, lamentablemente, la

máquina de escribir no podrá ser eléctrica. No hay electricidad en este lugar, y sólo disponemos de un pequeño generador para… servicios especiales.

—Según entiendo, me ha habilitado usted algo así como un despacho para que yo escriba… ¿Qué tengo que escribir?

—La supongo a usted enterada de la… tensa situación que existe en estos momentos en Teherán, todo eso de las rencillas civiles entre iraníes, y, especialmente, del asunto de los rehenes norteamericanos en su embajada, asediada por estudiantes iraníes, y el asunto del juicio por espionaje de los rehenes americanos…

—Estoy bien enterada de todo, sí.

—Sobre eso tendrá que escribir usted.

—Ya se ha escrito lo suficiente, ¿no le parece?

—Sí, desde luego. Pero yo me atengo a las instrucciones del Gran Amo, señorita Montfort. Como preliminar a la serie de artículos que escribirá usted sobre los acontecimientos futuros en Teherán, debe escribir uno de ellos en el que explique claramente, a sus millones de lectores de Estados Unidos y del resto del mundo, cuál es exactamente la situación… ¿Tiene alguna duda?

Negotar la miraba sorprendido, porque, en efecto, Brigitte había hecho un gesto como de desdén. Pero no hacia Negotar, sino hacia sus palabras. ¿Explicar cuál era exactamente la situación? Esto era imposible incluso para ella, porque no lo sabía. Sabía cuál era la situación aparente y artificial, pero al mismo tiempo tenía la certeza de que tras todo aquello había algo tan sucio que sus creadores, fuesen quienes fuesen, habían cerrado muy bien el círculo, evitando toda fuga informativa sobre la verdadera verdad. ¿La situación exacta? Ni siquiera ella había conseguido entrar en el círculo de personas que hacía ya tiempo, desde que el *Sha* tuvo que escapar, la controlaban. Lo único de lo que estaba segura era de que alguien estaba preparando alguna jugada política, social o económica cuyo alcance era imprevisible…, pero que a ella, personalmente, la tenía más que inquieta…

—No —murmuró, sin embargo—… No tengo ninguna duda, claro que no.

—Ah… Me pareció que vacilaba. Bien, como le decía, debe usted escribir ese artículo preliminar explicando con toda claridad y exactitud la situación actual en Teherán. Una vez leído y aprobado

el artículo, lo enviaremos vía urgente a su periódico, el Morning News. Luego, seguiremos con los otros artículos… ¿Fue así como se lo explicaron a usted?

—Sí.

—Muy bien. Por supuesto, si tiene usted alguna duda sobre la situación en Teherán, con mucho gusto se la aclararé. En realidad, mi cometido básico aquí es precisamente ése: aclararle cualquier duda al respecto, facilitarle datos, fechas, cifras, nombres… Para usted, yo seré algo así como un archivo viviente… e infalible.

—¿Quiere decir que me proporcionará datos secretos?

—¿Secretos? ¡Claro que no! No dispongo de esa clase de datos.

—En tal caso, señor Ibta, espero que no se sorprenda demasiado si en mi artículo preliminar no digo nada que no haya sido dicho ya por los muchos buenos periodistas que hay en el mundo.

—No importa, no importa… La idea consiste en que usted capte la atención no sólo de su público habitual, es decir, del lector habitual de periódicos, sino de esa buena parte del público que suele desentenderse de los acontecimientos de importancia…, pero que, por tratarse de usted, leerá el artículo preliminar y los siguientes… Es extraño que usted no haya escrito nada sobre todo esto antes de ahora.

—No suelo escribir ni hablar sobre lo que no entiendo, señor Ibta.

—¿Cómo? ¿Qué quiere decir?

—Quizás usted me comprenda dentro de unos días, unas semanas o unos meses.

—Me gustaría comprenderla ahora.

—Bien… Supongamos que usted no tiene ni idea de lo que es sembrar; ¿cuál sería su reacción si viese que yo me dedico a meter buenos granos de trigo bajo la tierra en lugar de comérmelos?

—Me desconcertaría, naturalmente. Y hasta quizá pensase que estaba usted desperdiciando comida. Sí, me desconcertaría mucho.

—Pero si usted sabía que yo era una persona inteligente y poderosa, ¿no pensarla algo más? ¿No pensaría que si yo metía buenos granos de trigo bajo tierra era por algo que me convenía, por algo que, de un modo u otro, me había de beneficiar grandemente en un momento dado?

—Sí… ¡Sí, creo que pensaría eso!

—Pues lo mismo me está pasando a mí con todo este asunto de Irán en general y de Teherán en particular: alguien está metiendo granos de trigo bajo tierra, pero yo no sé lo que es sembrar, así que me pregunto: ¿por qué hacen eso, qué esperan conseguir, qué saldrá de esos granos, qué beneficios obtendrá quién? Porque, señor Ibta, a menos que alguien esté haciendo algo que yo no sé ni puedo comprender, todo esto no tiene ni ha tenido en ningún momento el menor sentido lógico… para mí. Claro está, admito que puedo equivocarme, pero me siento muy escéptica respecto a todo lo relacionado con Irán.

Negotar Ibta, que se había quedado mirándola fijamente, parpadeó.

—A decir verdad —murmuró—, no entiendo muy bien adónde quiere usted ir a parar, señorita Montfort.

—Bueno —sonrió apenas Brigitte—, no me haga demasiado caso. Después de todo, hasta yo puedo equivocarme… aunque sea una de las periodistas más cualificadas del mundo para escribir sobre acontecimientos internacionales. Nadie es infalible, señor Ibta. Y en definitiva, ¡ojalá me equivoque!

—Pero lo que usted está tratando de decir es que alguien, en alguna parte, está haciendo un juego secreto tan sucio que nadie es capaz de adivinarlo.

—Al menos, no soy capaz de adivinarlo yo, en estos momentos.

Negotar Ibta quedó silencioso, mirando de un modo fijo, como fascinado, a la divina espía. Así estaba cuando entró Nabir con el café, que, por fuerte o malo que fuese, le inspiraba a Brigitte más confianza que cualquier «refresco» preparado por aquella gente. Y no en cuanto al peligro de ser envenenada, cosa que resultaría absurda, sino simplemente en cuanto a su calidad.

Nabir se retiró, y los dejó a los dos tomando café, en silencio. Negotar Ibta aceptó con gesto agradecido el cigarrillo americano que le ofreció Brigitte, y se quedó mirando con curiosidad el maletín rojo con florecillas azules del cual sacó la espía el paquete.

—Bien —dijo cuando hubieron terminado el café y estaban a mitad de los cigarrillos—, la supongo cansada de tanto viaje, así que no creo que vaya a ponerse a escribir ahora, pero le mostraré su habitación y su material, y usted decida.

—De acuerdo.

Salieron de aquella estancia, recorrieron un pasillo en forma de L y entraron en otra estancia, todavía más pequeña que la anterior, y que tenía un ventanuco cerca del techo por toda ventilación e iluminación. Todavía había sol, pero ya mostrando el color oscuro del ocaso.

En la habitación había un camastro, una silla, una mesita con una vieja máquina de escribir Underwood, y un fajo de cuartillas y folios. Eso era todo. Brigitte lo miró todo en silencio, y finalmente dirigió su mirada, entre amable e irónica, a Negotar Ibta.

—Comprendo que no es un lugar como el que usted merece —se disculpó Ibta—, pero las cosas están así. Más adelante tendrá usted todo cuanto merece.

—No se preocupe. Una de mis pocas cualidades es la de saber adaptarme a la situación del momento, señor Ibta. Lo que no he conseguido nunca es ver en la oscuridad.

Negotar rió amablemente.

—Le enviaré un quinqué inmediatamente. En cuanto a la cena, tampoco podré ofrecerle…

—Me bastará un poco de fruta.

—Bien. Es usted una persona fácil de tratar, señorita Montfort. Estoy seguro de que nos entenderemos muy bien. Le deseo un reparador descanso.

—Gracias.

Ibta salió de la estancia. Un par de minutos más tarde aparecieron en ésta Gamir y Nabir, con el equipaje de Brigitte y con un quinqué ya encendido. Por el ventanuco comenzaba a verse la oscuridad de la inminente noche.

—Cualquier cosa que necesite, sólo tiene que llamar —dijo Gamar—. Usted llama, y yo viene contento. ¿Sabe?

—¿Y cómo llamo? ¿Hay alguna campanilla por aquí?

—¿Campanilla? No sé. Usted llama ¡Gamar!, y yo viene corriendo muy mucho enseguida.

—Y si quiere, llama ¡Nabir!, y yo vengo muy corriendo también, *Miss* —dijo Nabir.

—Son muy amables los dos, pero creo que no les molestaré en toda la noche. Estoy esperando algo de fruta para cenar, y estoy tan cansada que luego me dormiré enseguida hasta mañana.

Los dos hombres asintieron, y salieron del dormitorio. Gamar

volvió luego con fruta, se retiró, y cerró la puerta de vieja madera, Simplemente, la ajustó, ya que ni siquiera tenía cerradura. Lo que no habría importado demasiado si Brigitte hubiera querido salir de allí, pues podía derribarla de un puntapié, tan carcomida estaba. La situación era de incomodidad física si se tenía en cuenta que la señorita Montfort estaba acostumbrada a un modo de vivir mucho más confortable; pero la agente Baby no sentía la menor preocupación al respecto. No, no era esto lo que la preocupaba, ni mucho menos. ¿La habían hecho llegar hasta allí sólo para que escribiese algo que ya estaba escrito por todos los periodistas del mundo, que había sido difundido por todas las emisoras de radio y televisión, que había sido publicado por cientos, miles de revistas de toda clase…?

Afuera oyó, de pronto, algunas voces. Miró hacia el ventanuco, al que no alcanzaba normalmente. Pero los recursos de Baby eran variados y siempre lógicos; saltó, se agarró con fuerza al borde inferior del ventanuco, y se izó a pulso, con poderosa flexión de sus brazos, aparentemente delicados, tan femeninos… A la última luz violácea del día vio un grupo de hombres y alguna mujer que pasaban caminando en dirección al centro del caserío o granja. Eran o parecían árabes, pero el idioma en que conversaban no le recordó a Brigitte ninguno de los personajes árabes que había conocido anteriormente. Todos iban armados, tanto los hombres como las mujeres. Y todos parecían muy jóvenes. Los estuvo mirando hasta que se le cansaron los brazos. Se descolgó entonces, comió algo de fruta, y fue a sentarse en el camastro, cuyo colchón, por llamarlo de alguna manera, era de paja. Muy bien. La señorita Montfort se tendió en el camastro, cerró los ojos, y quedó dormida.

* * *

A la luz del sol, Negotar Ibta terminó de leer lo escrito por Brigitte Montfort aquella madrugada, cuando todos dormían. Al menos, eso había parecido, pues nadie había molestado a Brigitte cuando a las cinco de la mañana, había comenzado a escribir.

Ahora, poco más tarde de las nueve, Negotar Ibta terminó la lectura, asintió con un gesto, y miró a la periodista.

—Perfecto —dijo.

—¿Merece su aprobación?

—Desde luego. No comprendo por qué no ha escrito usted antes nada sobre este asunto, pues parece estar algo más informada que la mayoría de los restantes periodistas de categoría internacional.

—Ya le expuse mis razones, señor Ibta. Bien, ya tenemos el artículo preliminar. ¿Cuál sigue ahora?

—Tendremos que esperar. Hacia el mediodía espero que tendrá usted una sorpresa agradable. ¿Qué le gustaría desayunar?

—Un bistec, dos tomates, café y fruta. ¿Es posible?

—Tendrá que serlo —sonrió Ibta—… ¿Bastará el simple envío de estas páginas para que su jefe del Morning News las publique?

—Sí.

—Todo va perfectamente, entonces.

Negotar Ibta salió del aposento de Brigitte. Un par de minutos más tarde, ésta oyó el motor del viejo Chevrolet, que se fue alejando. Oyó los ladridos de un par de perros, balidos de cabras, voces de personas que pasaban junto a la casucha en la que ella se hallaba. No se molestó en mirar: sabía que era el grupo de jóvenes armados de ambos sexos. Uno de los perros que ladraban emitió de pronto un tremolante gemido, y se alejó: le habían propinado un puntapié, lo que debía de ser muy gracioso, porque todos rieron.

¿Una sorpresa agradable? Muy bien, esperaría.

Capítulo V

Seguramente, fue la primera en percibir el zumbido del helicóptero que se iba acercando. Y pocos segundos después, de nuevo alzada a pulso en el borde de la ventana, veía el destellante aparato descendiendo cerca del caserío. Dejó de verlo cuando algunas casuchas se interpusieron, pero vio la nube de polvo que alzaba. Los perros parecían haberse vuelto locos ladrando, y todavía estuvo oyéndolos quizás un par de minutos después de que el helicóptero hubo quedado silencioso.

Quince minutos más tarde la puerta de la habitación se abrió, y Brigitte miró hacia allá, con gesto indiferente. Pero, en efecto, se llevó una sorpresa…, aunque no cabía decir que demasiado agradable.

—¡Señor Nadelman! —exclamó.

Herbert Nadelman, El Gran Amo, entró en la estancia, sonriendo, y se acercó a Brigitte, tendiéndole la mano.

—¿Qué tal, señorita Montfort? Espero que se haya adaptado usted a todas las molestias…, que terminaran muy pronto.

—Estoy muy bien, no se preocupe. ¿Ha llegado usted en el helicóptero?

—Así es. Después de cursar su artículo preliminar desde Esmirna, naturalmente. Mañana aparecerá en el Morning News.

—¿Mañana? ¿Quiere decir que esta tarde ya estará en las máquinas del Morning?

—La New Galaxia tiene su propio sistema especial y urgente de envíos —sonrió Nadelman, que vestía con su habitual elegancia, mostraba su ufana sonrisa de siempre, y olía a loción carísima y de excelente gusto—… Bien, ahora nos pondremos a trabajar en serio. Si me acompaña, la llevaré adonde Ibta está preparando la sesión de cine.

—De acuerdo.

—¿No se sorprende?

—No. Es de suponer que todo cuanto usted hace está bien pensado, y que una vez explicado, será lógico e inteligente.

—¡Ah…! Es usted muy consecuente, señorita Montfort. Nos sentimos muy satisfechos de contar con usted. Espero que el viaje no resultase demasiado molesto.

—Estoy acostumbrada a viajar.

—Sí… Eso es cierto. Venga, por favor.

Salieron del dormitorio de Brigitte, recorrieron el pasillo en forma de L, y llegaron al aposento donde la divina espía había conocido la tarde anterior a Negotar Ibta, el cual, ayudado por Gamar y Nabir, lo estaba preparando todo para una proyección cinematográfica casera, con la ayuda de un generador.

Cuando todo estuvo dispuesto, Ibta indicó a Nabir y Gamar que podían marcharse, y cerró la puerta tras ellos. Luego, tras una mirada a Nadelman, que asintió con un gesto, se colocó junto al pequeño proyector cinematográfico.

Las imágenes aparecieron pronto en el trapo blanco clavado en la pared frente a la cámara.

Unas imágenes que hicieron fruncir el ceño a Brigitte Baby Montfort: más de mil personas, armadas con picos, palas, bastones, pistolas, metralletas, y hasta sables, rodeaban una edificación rodeada de jardín y protegida por altas verjas de hierro. Parecía una quinta de recreo, pero, cuando la cámara hizo un *travelling,* en la pantalla apareció el letrero de latón clavado en un lado de la entrada a la quinta. En el letrero ponía: Embajada de los Estados Unidos de América.

Las personas que cercaban la embajada gritaban como enloquecidos, blandiendo sin cesar sus armas. De cuando en cuando, las cámaras tomaban los rostros de aquellas personas, congestionados, furiosos, como enloquecidos. Algunos de los aullantes personajes comenzaban a escalar las verjas de la embajada norteamericana, y su ejemplo era rápidamente seguido por muchos más…

—Aunque está sobradamente demostrado que es usted muy inteligente y que sabe escribir muy bien —dijo El Gran Amo—, hemos creído preferible no abusar de su imaginación. Quiero decir que no es lo mismo escribir sobre algo que ya existe y se conoce,

que escribir sobre algo imaginado. Dejaremos esta última modalidad para los novelistas, y, ya que usted es periodista, es decir, que su trabajo no es imaginativo, sino testimonial, le vamos a facilitar las cosas. Observe bien esta proyección: es parte de una película que se filmó hace algunos años en cierto lugar de Hungría. En realidad, forma parte…, es decir, formaba parte del archivo de material ruso antiamericano. El argumento de la película en cuestión consiste en una revuelta del pueblo húngaro contra una embajada norteamericana, como protesta contra Estados Unidos por alguna de las cosas feas que los rusos les atribuyen. Ciertamente, tal como hemos estado haciendo nosotros por ejemplo con las películas bélicas de la Segunda Guerra Mundial, el argumento no es… del todo fiel a la realidad de las cosas. Pero, en fin, lo que nos interesa no es el argumento, sino la acción. Fíjese usted sobre todo en la acción.

Brigitte no contestó. Se estaba fijando ya, y con todo su poder de concentración, en la acción.

Los asaltantes corrían ya por el jardín de la embajada de Estados Unidos, blandiendo sus armas. Gritaban sin cesar, pero en húngaro, de modo que Brigitte no podía entender lo que decían; no hacía falta, sin embargo, para comprender que estaban fuera de sí de furia, de odio… Comenzaron a reventar las ventanas de la embajada, y a entrar en ésta…

—Esta película —siguió la voz de Nadelman—, fue exhibida como una muestra de la furia del pueblo húngaro contra los americanos, y, evidentemente, su difusión en Hungría estaba destinada a mentalizar al pueblo húngaro en el sentido de solidarizarlo en su actitud de furia contra Estados Unidos… Se pretendía llevar a todos los húngaros la idea de que no era nada malo, sino patriótico, agredir a los americanos. Observe, observe.

Brigitte no hacía otra cosa.

Los invasores estaban ya dentro de la embajada, y algunos miembros del personal de ésta eran acosados, acribillados, pateados, mientras otros americanos, armados de pistolas, disparaban contra los invasores. Las cámaras estaban muy bien distribuidas dentro de la embajada, y, durante tres minutos, fueron ofreciendo escenas de todo lo que ocurría en las distintas dependencias…

Brigitte Montfort terminó por cerrar los ojos. Estaba lívida. La masacre era espantosa entre los americanos, pero, ciertamente, éstos no estaban muriendo sin defenderse. Había sangre por todas partes, se veían primeros planos de jóvenes agonizando, cabezas de americanos partidas a puro mandoble de espada, ojos reventados a balazos, americanos vomitando sangre al morir reventados a palos…

—¿Se encuentra mal? —Oyó la voz de Nadelman.

—Paren eso —susurró Brigitte, sin abrir los ojos—. ¡Paren esa proyección!

—De ninguna manera. ¡Tiene usted que mirarlo todo muy bien, porque eso es precisamente lo que tendrá que escribir en sus próximos artículos!

—¿Qué? —exclamó Brigitte, abriendo los ojos.

—Pero solamente la acción —insistió Nadelman—. Los personajes y el motivo de la revuelta serán diferentes… Está bien, Ibta, para esto. La señorita Montfort lo visionará varias veces más tarde, cuando haya recibido mis instrucciones.

La película dejó de ser proyectada. Brigitte se quedó mirando fijamente a Nadelman, que encendió con gesto elegante un cigarrillo.

—Seré conciso y concreto —dijo El Gran Amo—: esto que usted ha visto es más o menos lo que va a ocurrir en la embajada americana en Teherán.

—¿Quiere decir que van a asaltarla?

—Exactamente. Al parecer, ahora dicen que los americanos estamos admitiendo que, en efecto, hay al menos un espía dentro de la embajada; un hombre que estaba en Teherán con un falso pasaporte belga. ¡Esto es magnífico para nosotros! Pero debemos actuar deprisa, porque cabe la posibilidad de que estén llegando a un acuerdo en el sentido de dejar marchar parte del personal cercado en la embajada americana en Teherán…, y nosotros no queremos que marche nadie de allí, queremos que todos los americanos sean masacrados por la masa de estudiantes y el pueblo iraní en general. En resumen: pretendo que antes de cuarenta y ocho horas la embajada americana sea asaltada, y todos sus ocupantes asesinados. ¿Lo entiende?

—Pero… ¿está usted loco? —jadeó Brigitte—. ¡Los estudiantes

iraníes no harán eso, ni tampoco el pueblo…!

—Claro que no. Eso lo haremos nosotros.

—¿Qué?

—Y usted tendrá que explicarlo en sus artículos, pero, naturalmente, diciendo que lo han hecho los estudiantes y ciudadanos iraníes en general. La New Galaxia tiene esperando en Teherán un grupo de cincuenta hombres mezclados con la genuina masa popular, a la que hace días está excitando sin cesar, soliviantando, enardeciendo… La situación en torno a la embajada americana en Teherán es más o menos la de un polvorín rodeado de fuego: puede estallar en cualquier momento. Lo único que hace falta es que una chispa de ese fuego salte y llegue al polvorín…, es decir, al interior de la embajada. Y esa chispa va a saltar muy pronto.

—¿Provocada por la New Galaxia?

—Por supuesto. Sin duda ha visto o al menos oído al grupo de jóvenes que tenemos aquí, entrenándose con algunas armas.

—Sí… Sí.

—Ellos cumplirán su cometido como si fuesen estudiantes iraníes. No son propiamente estudiantes, pero sí jóvenes patriotas iraníes bien aleccionados. Ellos irán allá, se mezclarán con los auténticos estudiantes, los excitarán, los soliviantarán. Mientras tanto, los cincuenta hombres de New Galaxia distribuidos entre el populacho, harán lo mismo con éste. Y, en determinado momento, alguien hará saltar la chispa: unos cuantos de nuestros estudiantes, armados, pasarán ya sin contemplaciones al asalto de la embajada. Estamos seguros de que arrastrarán con ellos a los auténticos estudiantes, mientras que nuestros hombres harán lo mismo con el populacho… Lo que significa que la embajada americana será arrasada, y todos los rehenes americanos allí retenidos, serán asesinados…

—Nadelman —jadeó Brigitte—… ¡Nadelman, está usted hablando de cincuenta personas! ¡Está hablando de las vidas de esas cincuenta personas, y de los iraníes que sin duda también morirán, quizás otros tantos…!

—Ciertamente —dijo con placidez El Gran Amo—. Puede que mueran en total, de momento, unas cien o ciento cincuenta personas. Por eso le hemos proyectado este trozo de película, para

que usted no tenga que forzar su imaginación al escribir por anticipado lo que va a ocurrir dentro de cuarenta y ocho horas. Para cuando el mundo quiera reaccionar, la famosa periodista Brigitte Montfort ya estará enviando sus artículos sobre lo sucedido. Con la visión de la película y un poco de imaginación por su parte, estoy seguro de que nos brindará unos artículos electrizantes. Naturalmente, no vamos a ser tan imbéciles de publicarlos antes de que se produzcan los hechos: sólo se trata de que en cuanto empiecen a suceder cosas en nuestra embajada de Teherán, sus artículos ya estén preparados.

Brigitte, que se iba serenando, preguntó fríamente:

—¿Y por qué esa prisa? Podríamos esperar a que las cosas ocurriesen, y mis artículos serían no sólo auténticos, sino más convincentes.

—No… No queremos que esa publicación se demore más de lo inevitable. Queremos que sus artículos empiecen a aparecer en Estados Unidos cuanto antes, dentro de la lógica, claro está. Y ahora llega el momento de explicarle qué parte tengo yo en esto, es decir, tengo que darle instrucciones respecto al enfoque que dará usted a esos artículos: deberá escribirlos de tal nodo, con tal… sentimiento, que todo el pueblo norteamericano sienta inmediato y ferocísimo odio hacia el pueblo iraní, hacia toda esa nación que habrá asesinado a cincuenta norteamericanos. ¿Podrá hacerlo? Creo que será fácil para usted, si va viendo los horrores de esta película y los aplica a sus artículos. Naturalmente, si se le ocurre alguna buena idea que contribuya a excitar más a nuestros compatriotas contra Irán, puede escribirlas, ya que de lo que se trata es de eso.

—¿De poner a la opinión pública norteamericana a favor de la invasión de Irán por parte de las tropas de los Estados Unidos?

—Es usted muy perspicaz.

—Y naturalmente, la New Galaxia dispone dé personal entre los altos mandos decisorios militares que pueda presionar para que esa invasión se lleve a cabo.

—Por supuesto —sonrió Nadelman—. El mundo tendrá que comprender la reacción militar de Estados Unidos ante el asesinato de su personal diplomático en Irán. Irán será invadido.

—Ya. Esto, Nadelman, es lo que yo llamo provocar una guerra. Una guerra en la que, naturalmente, después de unos cuantos miles

de muertos, sólo puede haber un vencedor: los Estados Unidos. Y esta guerra, y esta consecuente y lógica victoria del ejército más poderoso del mundo, traerá como consecuencia que todo el petróleo de Irán quede en poder del invasor, es decir, de Estados Unidos. Lo que, en definitiva, es lo que New Galaxia se ha propuesto con el Oilplan. Éste es el Oilplan, ¿verdad?: invadir Irán, quedarse con todo su petróleo, y, si así conviniese, más adelante extender las tropas norteamericanas por el resto del Oriente Medio…, lo que, llevando la situación a extremos fantásticos, daría lugar, finalmente, a que Estados Unidos llegase a controlar todo el petróleo de esta parte del mundo. Y como los grandes poderes de Estados Unidos están en muy buena parte controlados por algunas compañías petrolíferas de nuestro país, llegamos a la conclusión final de que esas multinacionales llegarían a controlar prácticamente todo el petróleo del mundo… ¿Es eso, Nadelman?

El Gran Amo, que contemplaba con leve sobresalto a Brigitte, sonrió de nuevo, ahora gélidamente.

—Parece que no he valorado su inteligencia en toda su extensión, señorita Montfort —murmuró.

—¿Es esto? ¿Lo he adivinado?

—Sí.

—Pues están ustedes locos. ¿Creen que Rusia va a asistir impasible a la invasión norteamericana en Irán?

—Sí, lo harán.

—¡No diga estupideces! ¡En cuanto nuestras tropas pongan el pie en Irán…!

—No pasará nada, señorita Montfort. ¿Y sabe por qué?

—Dígamelo usted.

—Bueno, en realidad pueden ocurrir dos cosas. Una, que quizá New Galaxia llegue a un acuerdo con determinados personajes rusos que, a su vez, tienen… determinadas influencias en Rusia, y que contendrían la reacción de ésta a cambio de un bocado del pastel. Dos, que Estados Unidos se apresurase a decir al mundo que a partir de ese momento se acabó el juego del petróleo árabe, que todos tendrán petróleo en abundancia y a precios razonables, como los de hace seis o siete años. ¿Cree qué alguien se pondría de parte de Rusia si le dijeran que a cambio de no hacerlo recibirá a precios bajos todo el petróleo que necesite? Rusia comprenderá la jugada, y

se estarán quietecitos en su territorio. No pasará nada, en ninguno de los dos casos. Y así, llegaremos a la situación en que Estados Unidos, en definitiva, hará el papel de benefactor del mundo necesitado de energía…, y la New Galaxia, al controlar y vender todo el petróleo del Oriente Medio ingresará billones de dólares, aunque lo venda a precios… asequibles a los países industrializados de poca envergadura y que ahora están sometidos a tremendas crisis. El resultado último, señorita Montfort, será que la New Galaxia controlará económicamente todo el mundo… ¿No considera un privilegio, en estas circunstancias, formar parte de la New Galaxia?

Brigitte se pasó la lengua por los labios, mientras su mirada permanecía fija en los ojos de Herbert Nadelman.

—Es decir —murmuró—, que puesto que usted es El Gran Amo de la New Galaxia, espera encauzar las cosas de modo que, finalmente, será El Gran Amo del mundo entero… ¿No es así?

—Efectivamente. Las personas que ahora han confiado en mí para este asunto, comprenderán que soy imprescindible, por si se presentasen en el futuro algunas contrariedades. Igual que han hecho ahora encargándome que les ponga en sus manos todo el petróleo del mundo, me pedirían que les consiguiese tal o cual otra cosa, y sabrían que yo no les iba a fallar. Siempre tendrán que contar conmigo, con mi mente privilegiada…, y mientras ellos quizá me consideren su Gran Esclavo, no dudo que usted ya está comprendiendo que, en realidad, yo sería siempre El Gran Amo. Lo comprende, ¿no es cierto?

Brigitte suspiró hondamente.

—Sí… Lo comprendo. Pero dudo mucho que esos muchachos que se están entrenando ahí fuera lo hayan comprendido.

Nadelman se escandalizó.

—¿Ellos? ¡Claro que no! Ni falta que hace, por supuesto. ¿No comprende que esos muchachos son simplemente parte de la carne de cañón que vamos a utilizar? ¡Son solamente parte del rebaño que será lanzado en estampida contra la embajada americana!

—¿Y yo? ¿Qué soy yo?

—Bueno, sabe perfectamente cuáles son mis planes con respecto a usted, señorita Montfort —sonrió Nadelman—: la quiero en la Casa Blanca a mi servicio. ¡Le espera a usted un gran futuro!

Brigitte asintió, y miró a Negotar Ibta.

—¿Y a usted, señor Ibta? ¿Qué futuro le espera? He comprendido ya que usted es iraní… ¿Ocupará el trono dejado vacante por el *Sha*? ¿El lugar de Komeini? Cuando todo se haya normalizado, claro.

Negotar miró sobresaltado a Nadelman, que sonrió apaciguadoramente.

—Cada uno tendrá el lugar que le corresponda —dijo El Gran Amo—, y, en definitiva, ustedes tienen que acostumbrarse ya a ser buenos amigos y aliados…, ya que sería absurdo que dos de mis principales colaboradores no se entendiesen bien. ¡Y ya hemos hablado bastante! ¿Ha comprendido usted cómo debe escribir esos artículos?

—Lo he comprendido muy bien.

—Magnífico. Ibta la asesorará en cuantos detalles precise, y le pasará la película todas las veces que usted lo desee. En cuanto a mí, tengo muchas cosas que hacer en otros lugares, de modo que voy a dejarles. Espero que tenga suficiente con un día para escribir esos artículos, señorita Montfort, ya que pasado mañana tanto usted como los muchachos serán trasladados a Teherán. Tiene que ser vista usted en esa ciudad, pues de lo contrario resultaría sorprendente que hubiese escrito esos artículos.

—Lo entiendo muy bien. ¿Cómo seremos trasladados a Teherán?

—No se preocupe por los detalles; corren de mi cuenta. Estoy impaciente por leer sus artículos. Hasta entonces, adiós.

—Adiós.

Herbert Nadelman se había puesto en pie, y se dirigió hacia la puerta, seguido de Ibta, mientras Brigitte permanecía sentada, inmóvil, mirando la improvisada pantalla colgando en la pared.

Ni siquiera se movió cuando oyó el rumor del helicóptero al ser puesto en marcha. Todavía lo estaba oyendo, alejándose, cuando Negotar Ibta regresó.

—¿Quiere que pase la película de nuevo? —ofreció.

—No es necesario. Con lo que he visto tengo suficiente para ponerme a trabajar inmediatamente.

—Como guste. Si necesita mi ayuda, avíseme.

—Gracias. ¿Es posible que no se me interrumpa por ningún motivo mientras esté trabajando?

—Desde luego. ¿Ni siquiera para almorzar, comer o beber algo…?

—Para nada. Le avisaré cuando tenga algo que ofrecerle para su estudio. Hasta luego.

Capítulo VI

Debían de ser poco más de las seis de la tarde cuando Ibta entró en el dormitorio-despacho de Brigitte, mirándola expectante.

—Si no he entendido mal, Gamar me ha dicho que ha terminado el trabajo, señorita Montfort.

—Así es. He escrito tres artículos de ocho folios cada uno.

—¿Ha escrito usted veinticuatro páginas en seis horas?

—En efecto. ¿Quiere leer los artículos? Están numerados.

Negotar Ibta parecía no terminar de creer en la capacidad de trabajo de la señorita Montfort, pero, naturalmente, tomó los folios mecanografiados que la periodista le tendía. Se sentó cerca del quinqué, y comenzó a leer. Sentada en el borde del camastro, fumando, Brigitte Montfort le observaba en silencio, estudiando sus reacciones. La lectura del artículo señalado con el número uno pareció complacer grandemente a Ibta, que miró con aprobación a Brigitte.

—Es un artículo magnífico… y escalofriante. Pero creo que se ha excedido un poco al volcar en él prácticamente todo el material informativo que debía de haber repartido entre los tres.

—¿Cree que un artículo así soliviantará a la opinión pública americana? —preguntó Brigitte.

—¡Sin la menor duda! ¡Tendrían que ser de hielo para no reaccionar rabiosamente contra estos hechos que usted describe tan… espeluznantemente!

—Siga leyendo, por favor.

Negotar Ibta comenzó a leer el artículo número dos. A los pocos segundos alzó vivamente la cabeza, y miró sorprendido a Brigitte; sorprendido y demudado.

—Pero esto es… ¡es terrible!

—¿Le sorprende?

—La verdad, no creí que fuese usted capaz de explicar cosas

tan… tan sádicas…

—Es lo que va a suceder, señor Ibta. No se crea usted que todo se reducirá a unas docenas de muertos en la embajada y alrededores. Una vez explote el polvorín, las consecuencias serán muy amplias en toda Teherán, ya que cabe suponer que la CIA, que naturalmente no está muy lejos de la embajada, tomará sus propias medidas: pueden ocasionar tal caos que toda Teherán arderá por los cuatro costados… Me pareció que mencionar a la CIA y su más que posible reacción todavía encendería más los ánimos…, pero ahora de los iraníes. Hay que echar mucha leña a ese fuego, para que arda bien, ¿no le parece?

Ibta parpadeó. Luego, continuó la lectura. Cuando terminó el segundo artículo no hizo ni siquiera un comentario, y pasó rápidamente al tercero y último. Casi se le pusieron los pelos de punta al leerlo, y aquí sí, varias veces alzó su sobresaltada mirada hacia la espía internacional, que de cuando en cuando le miraba como divertida. Al terminar la lectura, Negotar Ibta estaba pálido.

—Está bien —murmuró—… La felicito.

—¿Eso es todo?

—Sí.

—La verdad, no me parece que esté usted muy satisfecho.

—Son unos artículos que cumplen a la perfección su función.

—Pero a usted le ha impresionado lo que va a suceder en su patria, ¿no es así? Todas esas muertes, esas barbaridades… ¿No es cierto que está… asustado, señor Ibta?

—Sí, es cierto —admitió Negotar—, pero no importa. Todo esto es necesario. Y ya se sabe que siempre, en todo cambio, se producen muertes.

—Según entiendo, a pesar de su horror, usted está dispuesto a que todo esto siga adelante.

—Así es, sí.

—Muy bien. Entonces sólo falta esperar al Gran Amo para que dé su aprobación a mis…

—El Gran Amo ya no va a volver por aquí. Lo dejó todo preparado para nuestro traslado a Teherán en cuanto usted terminase su trabajo.

—Pero entonces ¿él no va a leer mis artículos?

—Sí, por supuesto. Ahora mismo serán enviados a Esmirna,

desde allí a Nueva York, y en cuanto El Gran Amo los haya leído, y aprobado, dará las órdenes para que todo se realice según lo previsto.

Brigitte consiguió ocultar su decepción ante el fallo de sus planes. En primer lugar, comprendió que Ibta no iba a echarse atrás a pesar de la lectura de sus artículos, que había escrito con todo lujo de horrores, buscando precisamente que el iraní recapacitase; pero no, el iraní no iba a echarse atrás, lo que significaba que dirigiría a sus jóvenes exaltados a cumplir su parte en Teherán. En cuanto a Herbert Nadelman, al que había confiado tener de nuevo ante ella y actuar según lo conveniente, Brigitte se encontró con que había quedado fuera de su alcance. En definitiva, había estado perdiendo el tiempo…, mientras Nadelman, sin duda, lo aprovechaba muy bien. ¿Dónde debía de estar ahora? ¡Si hubiera sabido que no pensaba volver al caserío…!

—Voy a enviar los artículos —dijo Ibta.

Brigitte se quedó mirándolo. ¿Qué hacía con aquel hombre? ¿Lo mataba ya? Llegó a la conclusión de que si tal hacía, El Gran Amo se daría cuenta pronto de que sus planes no estaban siguiendo los cauces por él previstos, y entonces… ¿qué haría? Podía hacer tantas cosas, y todas malas, que Brigitte optó por permitir que Ibta fuese a enviar sus artículos, lo que, a fin de cuentas, tranquilizaría a Nadelman y no le forzaría a hacer otras cosas sobre las que ella no tendría control alguno, ni siquiera noticia. Valía más seguir en aquel juego que ya conocía. Sí, iba a dejar a Ibta enviar los artículos, y luego…

—Muy bien —murmuró—: envíelos.

Ibta salió de la estancia. Casi era ya noche cerrada. Muy bien: ¿qué más podía o debía hacer? Pensó en su próximo traslado a Teherán utilizando el sistema elegido por El Gran Amo. Esto era una imprudencia, porque si alguien veía a Brigitte Montfort llegar a Irán en compañía de jóvenes que luego serían hallados muertos en la embajada americana, se sorprendería mucho. Esto tenía que haber sido previsto por Nadelman, desde luego, lo que significaba que él había tomado sus medidas para que ella no fuese vista con los jóvenes iraníes que se estaban entrenando en Turquía. ¿No era esto complicar mucho las cosas? Habría sido mucho más sencillo y lógico que ella hubiese escrito los artículos en la propia Nueva

York, y que luego hubiese salido abiertamente en dirección a Teherán, para simular que se disponía a hacer un reportaje allí, en directo. Esto era lo lógico.

¿Por qué no lo había decidido así Herbert Nadelman? Bueno, realmente, si ella hubiese emprendido el viaje públicamente, se habría visto rodeada de colegas de todo el mundo en cuanto hubiera puesto los pies en Teherán, así que… ¿Nadelman quería que ella estuviese sola?

Pero no iba a estar sola, sino con los jóvenes iraníes…

De pronto, a Brigitte se le pusieron los cabellos de punta, o eso le pareció, cuando el intenso escalofrío recorrió todo su cuerpo…, en el mismo momento en que Negotar Ibta reaparecía.

—Ya han salido —dijo Ibta.

Brigitte se quedó mirándolo fijamente. En su memoria estaba todavía el rumor del viejo Chevrolet alejándose. No había hecho caso conscientemente del detalle, pero allí estaba. Los artículos habían salido hacia Esmirna en el único vehículo que había por allí. Estaban aislados, de momento, hasta que Nabir y Gamar regresaran. Ésta era la cuestión: la señorita Montfort aislada con un grupo de iraníes, que la iban a llevar a Teherán. Pero nadie los vería con ella… ¿O sí los verían? ¿Era esto lo que quería Nadelman, por eso la había hecho viajar de incógnito, por eso la tenía allí, rodeada de muchachos iraníes…? ¡Claro que verían a Brigitte Montfort con un grupo de muchachos iraníes que más adelante serían hallados muertos, en su mayoría, en la embajada americana! ¡De eso se trataba!

—¿Qué le ocurre? —se interesó Ibta.

—Es decir —dijo Brigitte, como continuando una conversación—, que ustedes piensan asesinarme a poco de llegar a Teherán… ¿No son ésas sus órdenes, señor Ibta?

—¿Qué? —Respingó el iraní.

—Matarme… Brigitte Montfort, la famosa periodista americana, aclamada popularmente por todo el pueblo norteamericano para la presidencia de su nación, personaje querido en todos los Estados Unidos, asesinada en Teherán por la turba iraní después de enviar tres magníficos artículos a su periódico de Nueva York… ¿Verdad que es eso, señor Ibta? ¡La última y más querida víctima americana, la gran chispa definitiva para que nadie se rasgue las vestiduras si

Estados Unidos invade Irán! Llegaremos a Teherán, me tendrán escondida hasta que todo esté en marcha, y en el momento oportuno me asesinarán y lanzarán mi cadáver a la calle… ¿Qué más habrán hecho conmigo? ¿Me habrán torturado, violado, maltratado de mil modos, mutilado salvajemente…? ¿Es eso? ¿Es eso, señor Ibta?

Negotar se pasó la lengua por los labios. No contestó. La espía más peligrosa del mundo se puso en pie.

—¿Es eso? —insistió—. ¿La mujer más popular y querida de Estados Unidos brutalmente asesinada en Teherán? ¡Conteste! ¿Es eso? Son éstas las instrucciones que tiene usted para sus muchachos, ¿no es cierto?

—Es usted demasiado inteligente —murmuró Ibta—, y en ocasiones, eso sólo sirve para pasar malos ratos. Le habría ido mejor si hubiera continuado confiando en mí.

—De modo que he acertado… ¡De modo que tengo razón, yo estoy destinada a ser asesinada en Teherán!

—Ya le dije que siempre muere gente.

—Es cierto… Siempre muere alguien. ¿Cómo pensaban hacerlo? ¿Cómo pensaban ofrecerme al público? ¿Fusilada, degollada…?

—Las órdenes dicen concretamente que debía ser violada y torturada sin descanso, hasta que le sobreviniera la muerte. No había que desfigurarla, a fin de que su cadáver fuese reconocido inmediatamente por los periodistas extranjeros en Teherán… Violada y torturada, pero no desfigurada. Lo siento, pero es usted quien me ha pedido la explicación. Habría sido mejor para usted ignorarlo.

Brigitte ladeó la cabeza.

—¿Cuánto tardarán en volver Gamar y Nabir? —susurró.

—Ya no volverán: una embarcación les está esperando para llevarlos a El Cairo. Su trabajo aquí ha terminado.

—Lo que significa que estamos aislados hasta que lleguen quienes han de transportarnos a Teherán.

—Sí. Y como no quiero complicaciones, voy a tener que controlarla adecuadamente. La ataré de modo que… ¿De qué se ríe?

Se quedó mirando estupefacto a Brigitte, que, en efecto, había emitido una sonora carcajada, un tanto crispada.

—¿Controlarme usted a mí? —exclamó la espía más peligrosa

del mundo—. ¿Usted a mí?

—Mire, no se ponga histérica. Comprendo su reacción, pero yo tengo unas órdenes que... ¡¿De dónde ha sacado esa pistola?!

—De aquí —se señaló Brigitte con un dedo de la mano izquierda—, de entre los senos, señor Ibta. ¿No lo ha visto?

—¡Entrégueme inmediatamente esa pist...!

Baby apretó el gatillo de la pistolita de cachas de madreperla, y la bala se hundió con blando impacto en la frente de Ibta, que cayó sentado y luego de espaldas, muerto en el acto; sus ojos quedaron abiertos, en posición estrábica. Parecía pasmado.

La espía ni siquiera volvió a mirarlo. Se acercó a su maletín, alzó el doble fondo, y sacó las otras dos pistolitas, la de rayos Láser y la eléctrica. Tras vacilar, metió entre sus senos la de rayos Láser y la convencional de balas, dejó la eléctrica sobre la máquina de escribir, y comenzó a recoger sus cosas. Llevaba dos maletas en esta ocasión... ¡Demasiado equipaje! No podría escapar cargada con dos maletas, el maletín... Y ciertamente, no quería dejar allí nada de su propiedad, absolutamente nada.

La idea tenía que ocurrírsele: amontonó todo en el centro de la habitación, recuperó la pistola eléctrica, agarró el quinqué, y lo tiró sobre el montón de ropa. La llamarada apareció inmediatamente, y la espía salió a toda prisa de su aposento. Recorrió velozmente el pasillo en forma de L, buscó la salida de aquella casucha, y cuando la encontró salió sin pérdida de tiempo. A su izquierda, por el ventanuco, se veía el resplandor del pequeño incendio..., y frente a ella, uno de los perros, aparecido súbitamente de la oscuridad, comenzó a ladrar.

Baby apuntó al animal con la pistola eléctrica, y apretó el gatillo. El perro dio un salto en el aire, aullando aterrado, y fue a caer tres metros más allá, rodando, pero se puso inmediatamente sobre sus patas y desapareció aullando enloquecido... Aparecieron dos perros más, y Brigitte volvió a disparar. En la oscuridad, los haces eléctricos parecían diminutos relámpagos que lo iluminaban todo con una luz fantasmal. Alcanzó a uno de los perros, que tras la descarga no mortal, salió disparado de allí, en pos del primero, mientras el último can, sin dejar de ladrar furiosamente, partía en pos de los dos anteriores...

Ya se oían voces, gritos, pisadas. Un grupo de cuatro o cinco

jóvenes aparecieron corriendo por la esquina de una de las casuchas miserables, armados de metralletas. Brigitte vio sus crispados rostros iluminados en rojo; parecía que por el ventanuco salía un haz de luz roja.

Los jóvenes estaban gritando cuando uno de ellos señaló hacia Brigitte. Inmediatamente, las metralletas se orientaron hacia ella, pero no les dio tiempo a nada: ya había dado la vuelta, y cuando sonó la primera ráfaga había doblado la esquina de la casa donde había permanecido.

Los perros seguían ladrando, ahora se oían más gritos, y algunos disparos, estúpidamente perdidos. Es decir, estúpidamente para los fanáticos jóvenes iraníes, mas no para Brigitte, a la cual le parecieron maravillosamente perdidos.

No tenía ni la menor idea de hacia dónde corría, sólo sabía que estaba saliendo del raquítico caserío. Se encontró de pronto en campo abierto, rodeada de oscuridad. Cargada con el maletín en la mano izquierda, lista en la derecha la pistola eléctrica para disparar, la espía no vaciló en correr hacia las sombras… Sombras que el creciente incendio iba disipando. Las llamas habían alcanzado el techo de la casucha, y comenzaban a aparecer por allí. Se oyó el derrumbe de parte del techo, se alzó una nube de polvo y de chispas. Era como una iluminación infernal, en negro y rojo, que llegaba por detrás de Brigitte, que seguía corriendo, corriendo, corriendo…, y cayendo continuamente, por culpa de los altos tacones de sus zapatos. Pero no podía prescindir de los zapatos; el suelo era demasiado áspero, y se habría desollado los pies si se hubiera descalzado.

En una de las caídas, se dio tal golpe en la rodilla contra una piedra que por un instante creyó que el dolor la iba a desvanecer. Sacudió la cabeza, se tendió en el suelo mirando hacia el caserío, y vio varias siluetas corriendo hacia ella; siluetas que parecían rodeadas de fuego, cada vez más y más extendido. Los jóvenes fanáticos estaban disparando de nuevo, y Brigitte oyó por encima de ella el crujido de las balas disparadas al azar. No la habían visto. Creían que ella estaba por allí, pero no lo sabían seguro, no la habían visto… todavía.

La verían pronto, sin embargo, a medida que el fuego fuese aumentando, pasando de una casucha a otra. Y si les daba tiempo a

que la vieran, entonces sí la iban a acribillar, pues eran demasiados, no podría herirlos a todos antes de que le disparasen.

Estaba comenzando a incorporarse para seguir corriendo hacia las sombras, lejos del caserío, cuando de pronto se oyó el rugido de un motor al ser puesto en marcha, en alguna parte. Pero no era un motor de automóvil… No.

Era de una motocicleta. ¡Una motocicleta…! Sobre ella, un par de aquellos muchachos podían batir rápidamente el terreno alrededor de la casa, encontrarla, avisar dónde estaba exactamente…

Le sorprendió la reacción de los jóvenes iraníes: parecían desconcertados, miraban a todas partes apuntando sus metralletas… La motocicleta se iba acercando. Apareció de pronto dentro del círculo del resplandor del fuego, se dejó ver un instante, y desapareció, zumbando fuertemente. Los jóvenes iraníes salieron corriendo detrás de la motocicleta, disparando contra ella, contra el hombre que la conducía, y esto hizo comprender a Brigitte que, quienquiera que fuese, no formaba parte del grupo.

Muy bien. Fuese quien fuese la había ayudado, al llevarse tras él a los iraníes, y ella decidió aprovechar la ocasión para continuar su fuga. Había matado a Ibta, o como se llamase en realidad, pero a ser posible no quería matar a nadie más. Claro que si la acorralaban…

Corría con más sosiego ahora, alejándose del fuego y del grupo de fanáticos. Era como si se fuese hundiendo en las sombras, cada vez veía menos. Comenzó a oír el zumbido de la motocicleta tras ella, acercándose. Se volvió, y vio, con el resplandor del incendio al fondo, la forma de la motocicleta acercándose. Estaba jadeando, pero casi sonrió al comprender la maniobra del motorista: primero se había llevado tras él a los iraníes, y ahora acudía en busca de ella, ambos a salvo de la persecución…

¿O era una trampa?

Le pareció bastante absurdo, pero se dejó caer al suelo, y apercibió la pistola, apuntando a la máquina que estaba ya muy cerca de ella. El motorista iba a oscuras, pero de pronto encendió el faro, y un brochazo de luz amarillenta barrió la oscuridad. Brigitte ya no pudo ver más la máquina, la luz del faro la cegó, no le permitía ver lo que había detrás.

La máquina se detuvo, y, por encima del ahora apaciguado zumbido del motor, llegó la voz:

—¡Brigitte!

La espía internacional quedó estupefacta, con la boca abierta, y casi se le escapó de entre los dedos la pistola eléctrica, con la que apuntaba hacia la motocicleta…

—¡BRIGITTE! —llamó de nuevo el motorista.

Como sonámbula, Brigitte se incorporó. El manillar de la motocicleta giró, y el haz de luz del faro la iluminó de lleno. La máquina se desplazó, hasta detenerse junto a la espía.

—¿Tienes que recoger algo allá, o podemos marcharnos? —preguntó Número Uno.

—No… No tengo que recoger nada…

—Sube atrás. Nos vamos.

—Pe-pero… ¿qué haces aquí?

Un brazo del motorista pasó tras la nuca de Brigitte, la atrajo, y Número Uno la besó en los labios.

—Vamos, sube. Ya deben de estar corriendo hacia aquí para dispararnos.

Brigitte miró hacia el incendio, y, en efecto, vio las pequeñas siluetas desplazándose de un lado a otro… No acertaba a decir nada. Subió al sillín supletorio de la motocicleta, y Número Uno colocó la marcha y salió disparado, rebotando por el áspero terreno la máquina que controlaba perfectamente. Pero no fueron muy lejos. Ni siquiera un par de kilómetros duró el viaje en motocicleta. En determinado momento, Número Uno la detuvo, y lanzó una señal convenida con el faro. A muy poca distancia, pareció que dos grandes ojos amarillentos se abrían y se cerraban. Un instante más tarde, Número Uno detenía la motocicleta junto al automóvil. Apareció un hombre, que se apresuró a ayudar a Brigitte a desmontar, mientras otro se encaraba con Número Uno.

—¿Qué hacemos ahora, *signore*? —preguntó.

—Llévanos a Esmirna con el coche. Luego, desapareced los dos de Turquía, y pasad aviso de que el control ha terminado.

—Sí, *signore*. ¿Está bien la *signorina*?

—Ella siempre está bien —gruñó Número Uno, Angelo Tomasini, Klaus Plumm, Clark Coleman…

—¡Dios mío! —exclamó Brigitte—. ¡Todavía no he salido de mi

asombro!

Número Uno la tomó de un brazo, y la llevó hacia el coche, en el cual entraron los dos, acomodándose en el asiento posterior. Uno de los hombres se fue con la motocicleta, y el otro se colocó ante el volante del coche, lo puso en marcha, y emprendió camino hacia Esmirna. Brigitte se iba recuperando de la sorpresa, iba comprendiendo. De pronto, exclamó, enfadada:

—¡Encargaste a tus amigos de Europa que me estuviesen vigilando en todo momento! ¡Has tenido a tus… tus vasallos detrás de mí desde que llegué a París!

—De algo han de servir los amigos —dijo Uno—. Pero no fue desde París, sino desde Roma. Y en cuanto supe que irías a Izmir, movilicé mis amistades por esta zona.

—¡Tú tenías tu parte que hacer en Estados Unidos!

—Eso está hecho.

—¿Cómo que está hecho? ¿Has matado a Nadelman?

—No. Lo dejé marchar de regreso a Estados Unidos. Sé dónde encontrarlo, no hay problema… Me pareció más interesante quedarme por aquí con mis… vasallos, por si ocurría algo que no hubieras previsto. Evidentemente, estás bien.

—¡Estoy enfadada contigo!

—Bueno, eso es menos grave que estar muerta. Está bien, no discutamos más: sé que habrías salido del apuro sin mí, pero me pareció absurdo no intervenir. Y deja de refunfuñar: sabía todo lo que me interesaba saber de Nadelman, y cuando me enteré de que él venía hacia Europa, comprendí que acudiría adonde estuvieses tú, de modo que me anticipé, avisé a mis amigos, y me llevaron hasta esa granja apenas llegué a Esmirna.

—¡No me gusta que nadie me esté… vigilando!

—Está bien —la miró Número Uno en la semioscuridad del coche, casi sonriendo—, puedes enfadarte cuanto quieras. Como dijo Frankie, tus enfados recuerdan esas flores que se cierran durante la noche: al día siguiente huelen mejor.

—¿Eso dijo Frankie? —Se pasmó Brigitte.

—Más o menos.

—Vaya… ¡Bueno, quizá mañana huela mejor, pero ahora estoy enfadada!

—De acuerdo —asintió Uno.

Se inclinó hacia ella, le hizo girar el rostro, y la besó en los labios, mientras el coche iba rebotando por el desigual camino.

Capítulo VII

El formidable *jet* privado tomó tierra en una de las pistas del aeropuerto John Foster Dulles, y Herbert Nadelman sonrió secamente. Muy bien, allá los tenía: los cinco representantes de los que se consideraban sus amos, los dirigentes de las poderosas multinacionales que financiaban la New Galaxia.

El *jet* se detuvo, finalmente, en el extremo de la pista, y Nadelman comenzó a caminar hacia allí, llevando sólo una pequeña maleta y un portafolios. Cierto, había tenido que viajar mucho, movilizar a muchos hombres, tomar decisiones… Se sentía cansado, pero satisfecho. Había perdido la noción del tiempo, debido a los viajes y al cambio de horarios, pero el hecho cierto era que estaba donde debía estar a la hora convenida… El *jet* estaba ya fuera de la pista cuando Nadelman llegó allí. Habían colocado una escalerilla, y subió por ella sin vacilar, con gesto seguro. Era un triunfador. Dentro de muy poco las cosas estarían de tal modo que él sería… ¡Sería, efectivamente, El Gran Amo! Un escalofrío de gozo recorrió el cuerpo de Herbert Nadelman cuando pensó en el grandioso poder que iba a tener muy pronto. ¡Muy pronto!

El copiloto lo estaba esperando en la entrada del avión, y se hizo cargo de su maleta, con gesto obsequioso.

—Le están esperando en el salón, señor Nadelman… ¿Podemos despegar?

—Por mí, cuando quieran.

—Creo que recibiremos permiso inmediatamente de la torre de control.

—Deje la maleta por aquí: sólo voy hasta Nueva York.

—Sí señor.

El copiloto cerró la sólida puerta del aparato, mientras Nadelman caminaba por éste hacia el saloncito. Ante la puerta de éste había dos hombres, altos, elegantes, de mirada viva. En sus

axilas se percibían apenas los bultos de sendas armas. Le conocían sobradamente. Uno de ellos abrió la puerta del salón, sin decir palabra, y Nadelman, exhibiendo su mejor sonrisa, entró.

—Ah, Nadelman —se puso en pie uno de los cinco hombres allí reunidos—, sea bien venido. ¿Todo ha ido bien?

—Por supuesto —asintió El Gran Amo.

—¡Magnífico! Bueno, vamos a llevarle a Nueva York, y por el camino nos explica exactamente cómo está la situación en estos momentos. ¿Qué quiere beber?

—*Whisky* con hielo.

El hombre que había recibido a Nadelman miró a una de las tres lindas muchachas ataviadas con un sugestivo uniforme de aeromozas, y se sentó de nuevo, mientras los otros cuatro saludaban a Herbert Nadelman. Por fin, se sentó también El Gran Amo, siempre mostrando su resplandeciente sonrisa de triunfador. Pronto, muy pronto, él tendría un *jet* igual para sus viajes… No. Igual, no: ¡mucho mejor! Lo que no iba a ser fácil, ya que el avión privado era un cúmulo de toda clase de lujos. Había de todo allí, desde cocina, hasta las hermosas muchachas que servían para todo. Para todo.

La muchacha sirvió el *whisky* a Nadelman, y éste bebió enseguida un sorbo. Bueno, ya estaba acostumbrado a lo mejor… ¡Siempre lo mejor para el mejor! A una seña del hombre que parecía dirigir el grupo, las tres muchachas salieron del salón. El aire acondicionado proporcionaba una temperatura perfecta. Todo era perfecto allí dentro.

—¿Tendremos ese petróleo, Nadelman? —preguntó uno de los reunidos.

—El petróleo y todo —asintió El Gran Amo—… Todos los detalles del Oilplan que organicé conforme a los deseos de ustedes se están cumpliendo: dentro de unas diez horas la embajada americana en Teherán será arrasada, en las circunstancias y detalles que les expliqué, y que merecieron su aprobación.

—Lo que significa que nuestras tropas estarán ocupando Irán antes de veinticuatro horas. ¿Correcto?

—Sí señor. El resto, es decir, la expansión en todo Oriente Medio de las fuerzas norteamericanas, ya no es cosa que esté bajo mi control.

—No se preocupe: eso será ordenado oportunamente por

nuestros jefes, merced a sus conexiones en las altas esferas… Nos ha servido usted muy bien, Nadelman.

—¿No habrá ningún fallo? —se interesó otro. Nadelman lo miró conteniendo su irritación.

—No señor, no habrá ningún fallo. Todo lo que tengo que hacer, en cuanto llegue a Nueva York, es ir al centro de computadoras y pasar a El Cairo la orden de que sea puesta en marcha la última parte del plan. Ya he recibido los artículos de la señorita Montfort: son magníficos para lo que se espera de ellos.

—Es una lástima que la señorita Montfort no pueda sobrevivir al Oilplan —dijo irónicamente otro de los reunidos—: es una mujer preciosa y encantadora.

—Cierto —rió otro—, pero demasiado… rectilínea de mente De ninguna manera interesa una persona como ella en activo. Dada su popularidad, y aunque jamás le permitiésemos alcanzar la Casa Blanca, nos ocasionaría muchos problemas. Por su modo de hablar en Televisión estuvo bien claro que está al corriente de nuestros manejos…, o cuando menos, los intuye perfectamente en su mayor parte.

—Se estaba convirtiendo en un personaje molesto —aprobó otro —, de modo que bien muerta está.

—No, no —dijo Nadelman—: todavía no está muerta. Cuando yo llegue a Nueva York, iré al centro de computadoras, y enviaré a El Cairo la orden para que el plan sea terminado. Entonces, la señorita Montfort y los jóvenes cretinos que Ibta nos proporcionó, serán llevados a Teherán, a fin de originar el conflicto en la embajada. Luego, concederemos unas horas de margen a la señorita Montfort, para que nadie se sorprenda de que haya tenido tiempo de escribir sus artículos. Finalmente será convertida en… mártir; un mártir muy querido por la población norteamericana.

—Y no olvidemos las víctimas de la embajada… ¡Bien, esto será magnífico, señores! Estados Unidos dominará militarmente el Oriente Medio, y nuestras compañías serán las que, en realidad, controlarán todo el poder económico derivado del petróleo. Es sorprendente que la gente no sea capaz de comprender la verdad de algunas maniobras. Lo que verán será que Estados Unidos, tras controlar militarmente Oriente Medio, mostrará su generosidad sirviendo petróleo a todos cuantos lo necesiten… Eso es lo que

verán y lo que creerán. Me pregunto cómo es posible que no se den cuenta de que todo ha sido la maniobra de unas cuantas multinacionales, que controlan el gobierno americano, con el fin de tener un arma de persuasión como es el petróleo, para tener bajo su esfera de influencia prácticamente a todos los países industrializados del mundo.

—La jugada no va a gustar en Rusia —rió otro.

—Tendrán que aguantarse, porque de ninguna manera se atreverán a enfrentarse a Estados Unidos, el país que habrá ofrecido el petróleo al mundo entero. Todos los países se pondrían contra Rusia, de modo que sería una locura que ésta iniciara una guerra que tendría perdida de antemano. Caballeros, dentro de cuarenta y ocho horas, el mundo estará bajo el control de los Estados Unidos de América, y, puesto que los Estados Unidos de América están bajo nuestro control, la conclusión es muy simple: nuestras compañías dominarán el mundo... ¿No merece eso algo mejor que *whisky*, Nadelman?

—¿Por ejemplo? —sonrió El Gran Amo.

—Champaña, naturalmente... Ah, me parece que vamos a despegar de un momento a otro. ¿Todos champaña?

Cinco minutos más tarde, ya en el aire el magnífico *jet* privado, los seis hombres brindaban con champaña por su futuro poder mundial, e, indirectamente, por la muerte de la señorita Brigitte Montfort.

No tardarían más de treinta minutos en llegar al aeropuerto de Nueva York...

* * *

El avión procedente de París aterrizó en el neoyorquino aeropuerto John F. Kennedy hacia las cinco y cuarto de la tarde. Entre los pasajeros, una pareja que, inevitablemente, había llamado la atención de sus compañeros de viaje..., y que fue inmediatamente divisada por Frank Minello, en cuanto aparecieron en la zona aduanal.

—¡Ahí están! —dijo, dándole un codazo en las costillas a Charles Pitzer.

—¡Tenga cuidado! —Protestó el viejo espía—. ¡Va a romperme

las costillas, so bruto!

—¡Brigitte! —Aullaba ya Minello—. ¡Hey, Brigitte, aquí, estamos aquí…! Pitzer palideció, y se apresuró a escurrir el bulto, como decía el propio Minello. No reapareció hasta que, cinco minutos más tarde, ya calmado Minello, éste lo buscaba con la mirada, irritado.

—Vamos al coche —se presentó Pitzer—… ¡Pronto!

—¿Se puede saber dónde se había metido? —le increpó Frank.

—Debajo tierra —rió Brigitte—… ¡Es lo que habría hecho yo de haber podido en más de una ocasión, cuando te pones tan pesado!

—Pero tú no eres un gusano, no podrías meterte bajo tierra —sonrió Minello de oreja a oreja—. En cambio, hay quien sí es bastante gusano…

Pitzer soltó un gruñido, y echó a andar. Poco después, el vehículo conducido por Simón-Floristería se alejaba del aeropuerto; a la derecha de Simón, Minello; en el asiento de atrás, Brigitte, Número Uno, y Pitzer, que escuchaba en silencio las explicaciones de la espía. Cuando Brigitte terminó, Pitzer movió la cabeza.

—Si no me lo contase usted, no podría creerlo, Brigitte.

—Pero lo cuento yo —murmuró Brigitte.

—Sí… Sí, claro.

—¿Qué hay del *jet*? —preguntó Número Uno—. ¿Conocen ya a su propietario?

—Estamos en ello, pero no es nada fácil, sobre todo considerando que estamos trabajando de un modo prácticamente particular. Si hubiésemos recurrido a los resortes normales de la CIA quizá ya lo sabríamos. Bueno, Uno, usted hizo una buena labor colocando el emisor en el coche de Nadelman y siguiéndolo luego. Pero cuando usted nos avisó, el *jet* al que Nadelman había subido ya se había marchado, y localizarlo casi particularmente no es nada fácil…

—Entiendo eso —asintió Uno—. Pero algo habrán conseguido.

—Estamos en ello, como le digo. Es que, además de que al trabajar privadamente nuestras posibilidades se reducen, resulta que ese *jet* está a nombre de toda una maraña de propietarios, diversas compañías… Bueno, ya saben: lo usan unas personas, pero no lo tienen a su nombre, sino a nombre de compañías… que tampoco son las principales, sino subsidiarias de…

—No se canse, tío Charlie —dijo amablemente Brigitte—… Ni siquiera utilizando todo el poder de investigación de la CIA sería fácil rastrear al verdadero o verdaderos propietarios de ese *jet*. Pero nosotros sabemos quiénes son: los de siempre, los que mantienen un control secreto en todo lo que vale la pena en Estados Unidos…, los que ahora quieren hacer lo mismo con Oriente Medio…, y con todo el mundo. ¡Como si no tuviesen ya suficiente control económico con todo el mundo!

—Para ellos, nunca es suficiente —murmuró Pitzer.

—Desde luego. ¿Y Nadelman?

—Bueno…

—Tampoco saben dónde está —gruñó Uno.

—No. Claro, si usted dice que regresó a Estados Unidos, lo seguro es que ya llegó, pero no sabemos por dónde. Sabemos que no lo ha hecho por Nueva York, desde luego, pero no por dónde. Ahora bien, si me autorizan para llamar a la Central y pedir ayuda como si fuera un caso abiertamente propio de la CIA, sabremos muy pronto todo lo que sea posible saber. ¿Qué les parece?

Brigitte y Número Uno cambiaron una mirada, y él movió la cabeza negativamente. Brigitte titubeó un par de segundos, pero acabó por decir:

—De momento, seguiremos prescindiendo de la CIA. A fin de cuentas, sabemos muy bien dónde puede estar El Gran Amo…, adónde irá tarde o temprano. Es más, por lo que yo sé, y puesto que debe de estar convencido de que sigo en Turquía y que todo le está funcionando bien, no puede tardar mucho en enviar las instrucciones a El Cairo…, si no lo ha hecho ya.

—Puedo llamar a Silvan Shanon para que nos informe de eso —dijo Número Uno—. Creo que es lo mejor para salir de dudas. ¿Estás de acuerdo?

—Sí… Llámalo.

Segundos más tarde, Número Uno conseguía contacto con Silvan Shanon, el director del centro de computadoras de Long Island.

—Shanon, soy Clark. ¿Está Nadelman ahí?

—No, no señor. Oiga, ¿dónde ha estado metido? Quería…

—Olvide eso, ya hablaremos. ¿Cuánto hace que Nadelman se fue?

—¿Quiere decir hace poco?

—Entiendo —murmuró Número Uno—: Nadelman no ha aparecido por ahí desde que se marchó de viaje.
—Exactamente.
—Muy bien. Mejor. Escuche bien, Shanon: si Nadelman aparece en cualquier momento por ahí, siga normalmente sus instrucciones; ahora bien, si le hace comunicarse con El Cairo, es decir, enviar allá un programa de órdenes, haga todo lo razonablemente posible para retrasarlo. ¿Lo ha entendido?
—Claro que sí —gruñó Shanon.
—De acuerdo. Nosotros vamos ahora para allá… Arrégleselas para que seamos recibidos como colaboradores especiales de New Galaxia, no queremos contratiempos.
—Está bien.
Número Uno cerró la radio, y la guardó. Por encima de ellos tronó un *jet* recientemente despegado de una de las pistas del aeropuerto Kennedy, virando hacia el mar para luego emprender su ruta definitiva…

* * *

A pie firme, con la maleta junto a sus pies y el portafolios en una mano, Herbert Nadelman contemplaba el *jet* que volaba de momento en dirección al mar. Una sonrisa sarcástica y fría estiraba levemente los labios de El Gran Amo.
—Hasta nunca —murmuró.
El *jet* seguía tomando altura, resplandeciendo al sol de la tarde. En el saloncito, los cinco representantes de las multinacionales debían quizá de seguir tomando champaña…, o quizás habían decidido hacer la celebración de su éxito divirtiéndose un rato con la media docena de azafatas privadas, todas ellas jóvenes y bellísimas. Hasta era posible que organizaran una pequeña orgía en pleno vuelo, mientras viajaban tranquilamente, convencidos de que en pocas horas el avión los dejaría en Texas…
Pero el lujoso *jet* jamás llegaría a Texas, si los dispositivos colocados por Herbert Nadelman funcionaban…, y él sabía que funcionarían. Poco antes de aterrizar en Nueva York, había ido a los servicios, llevándose el portafolio con toda naturalidad. Y del portafolios había sacado la carga de gas que había recogido en

Roma en la escala efectuada durante su regreso desde Istanbul…

¡Era genial, absolutamente genial!

La carga de gas, contenida en un recipiente de plástico especial, disponía de un pequeño dispositivo de tiempo que funcionaría diez minutos después de que él se marchara del avión. Ya hacía nueve minutos que esto había sucedido. Cuando se cumpliera el décimo minuto, el plástico reventaría, y el gas narcótico se expandiría rápidamente, llegando a todos los rincones del *jet*. En cuestión de segundos, todos los ocupantes del aparato quedarían dormidos… ¿Y qué podía ocurrir con un aparato de aquella envergadura que de pronto se queda sin nadie a los mandos? Bueno, en realidad podían admitirse dos resultados. Uno: el *jet* seguiría volando, perdiendo paulatinamente altura pero no su estabilidad, hasta llegar a tierra o al mar, donde, naturalmente, se produciría una colisión tremenda, definitiva. Dos: quizás al perder súbitamente la dirección humana, el aparato perdiese en el acto su estabilidad, efectuase cualquier maniobra brusca, y entonces se partiría como si fuese de galleta, y caería en pedazos ardientes al mar…

Miró su reloj.

Cinco segundos. Cuatro. Tres, dos, uno…

No sucedió nada. Herbert Nadelman palideció. El *jet* era ya sólo un puntito brillante en dirección al mar, hacia el este, recibiendo de lleno el resplandor rojo del sol poniente. Sólo un puntito rutilante…, y la carga no había estallado.

El rostro de Nadelman se demudó. ¿Qué pasaría si la carga no explotaba y luego era hallada en los servicios? Inmediatamente, comprenderían que la había colocado él, y entonces su vida no valdría ni un centavo, no valdría nada…

—Vamos —jadeó—… ¡Vamos, vamos…!

Ya casi no veía el puntito brillante. Miraba con los ojos muy abiertos, pero ya no veía nada. ¿Sería posible que sus planes fallasen por culpa de unos desgraciados que no sabían preparar una carga de gas…? ¿Podía fallar todo su proyecto sólo porque un idiota no sabía hacer su trabajo? Si el *jet* caía al mar, los grandes y poderosos financiadores de la New Galaxia se encontrarían sin intermediarios, de modo que no tendrían más remedio que tratar con él directamente, tendrían que buscarlo…, y ya se encargaría él de que lo encontrasen. Se lamentaría del terrible y desdichado

«accidente», y se ofrecería para recibir las órdenes directamente de ellos; es decir, que pasaría a formar parte del verdadero grupo de poder. ¡Su último paso, el último escalón hacia el poder! Es decir, el penúltimo, porque el último sería todavía más importante: habría subido el último peldaño hacia el poder total cuando, con tiempo y paciencia, llegase a integrarse completamente en el gran grupo de tal modo que incluso llegasen a admitir su dirección… Sí, no sólo lo convertirían en uno de ellos, como jefe directo de la New Galaxia, sino que finalmente, convencidos de que era el más inteligente, acabarían por aceptar sus decisiones… ¡Ése sería su gran momento, el momento de merecer el nombre de El Gran Amo! ¡El Gran Amo de Todo el Mundo!

Pero si aquel *jet* no se estrellaba, y luego encontraban la carga de gas… Las perspectivas en este caso eran terribles, y Nadelman miraba hacia el este con los ojos desorbitados, ya sin ver nada, sintiendo el principio de un profundo terror que…

Entonces. Entonces, lejos, apareció una pequeña llamarada que pareció dispersarse por el cielo.

Herbert Nadelman casi lanzó un grito de júbilo cuando comprendió que se había cumplido la segunda alternativa: el *jet,* sin mandos, se había partido en pleno vuelo…, y ahora, mientras él iba en busca del coche que necesitaba, los pedazos ardientes iban cayendo al mar…

Capítulo VIII

Veía el mar desde Beach Boulevard mientras conducía ya los últimos metros hacia la quinta donde estaba instalada la central de la New Galaxia. Ya era de noche, pero las luces de Long Beach se reflejaban en las aguas… En aquellas aguas bajo las cuales yacía un lujoso *jet* en pedazos, y todos sus ocupantes. No importaría que los encontrasen, que hallasen sus cadáveres. Sabía que la carga de plástico no habría dejado ni rastro, y menos el gas. Todo sería atribuido a un accidente, y punto.

Entró en la quinta con el coche, y fue a dejarlo en la parte de atrás de la casa, es decir, en la parte que daba al mar. Dos hombres aparecieron ante él, pero ya le habían reconocido, y, en realidad, lo único que querían era que él los viese, que él supiese que estaban allí, cumpliendo su trabajo. En adelante, todos se esforzarían en complacerle, en halagarle, en demostrarle que le eran fieles, adictos, serviles.

Debían de haber avisado a Shanon, porque éste apareció a toda prisa acudiendo a su encuentro.

—Señor Nadelman, me alegro de verle —exclamo Shanon—… ¡Ya empezaba a preocuparme su larga ausencia!

—Todo va bien —frunció el ceño Nadelman—. Al menos, por mi parte. ¿Ha ocurrido aquí algo anormal o inquietante?

—No señor.

—Muy bien. Vamos ante el cerebro, Shanon: tenemos que enviar un programa a la computadora de El Cairo. ¿Todo está preparado?

—Naturalmente, señor Nadelman.

Segundos más tarde entraban en el gran salón donde estaba instalado el «cerebro» de la New Galaxia, es decir, todo el complejo electrónico de computadoras que hacían funcionar la central, núcleo de todas las órdenes. Había allí dentro unas dieciocho personas trabajando activamente; cuatro mujeres y catorce

hombres. Por la casa, y por el jardín, el resto de empleados cumplían sus funciones de vigilancia directa.

—Vamos a enviar la última parte de las instrucciones para el Oilplan —dijo Nadelman—: el destinatario es la computadora de El Cairo, de modo que codifique la central para que canalice la información. ¿Preparado?

—Un momento, por favor —Shanon manipuló durante unos segundos en la computadora, y miró a Nadelman, expectante—… Cuando guste, señor Nadelman. ¿Cuál es el mensaje?

—Última parte del plan debe realizarse inmediatamente; la avioneta debe despegar de El Cairo inmediatamente, recoger a Ibta y los demás, y volar rumbo al punto de destino. Apenas en Teherán, se procederá a violar y torturar a Brigitte Montfort, alternándose en esto los componentes del grupo. Cumplido el servicio de agitación en la embajada, procedan a colocar en la calle el cadáver de la señorita Montfort los del grupo que se hayan quedado con ella custodiándola. Los sobrevivientes de la embajada serán recogidos tres días más tarde por la misma avioneta y en el mismo punto donde serán depositados al inicio del plan. Es todo. ¿Por qué me mira así?

—¿Puedo hablar unos segundos a solas con usted?

—¿Por qué? ¿Qué ocurre?

Silvan Shanon miró la tarjeta donde había anotado rápidamente, a mano, el mensaje dictado por Nadelman.

—Bueno… Es que este mensaje no concuerda con el de ellos, señor Nadelman.

—¿Que no concuerda con…? ¿Quiénes son ellos?

—Hay dos personas esperando en el despacho que usted suele utilizar. Me dictaron antes un mensaje para todas las computadoras de nuestro circuito, y… Bueno, francamente, un mensaje se contradice tanto con otro que no comprendo nada. Esas personas dijeron que eran quienes en el futuro darían todas las órdenes en la New Galaxia.

Nadelman palideció. ¿Qué había ocurrido? ¿Se habían enterado ya de lo que él había hecho? ¡Era imposible!

—¿Qué mensaje le dictaron esas personas?

—Precisamente, lo retuve por si…

—¡Debió decírmelo antes! —Casi gritó Nadelman—. ¡Déjeme

leer ese mensaje!

—Sí señor.

Nadelman arrancó la cartulina de la mano de Shanon, y su mirada, colérica, se posó en lo escrito, en el mensaje que «otras personas» pretendían enviar utilizando su organización.

En la cartulina, escrito con elegante letra, se leía:

A TODOS LOS MIEMBROS Y SERVICIOS DE NEW GALAXIA: SUSPENDAN INMEDIATAMENTE TODAS LAS ACTIVIDADES DE LA ORGANIZACIÓN Y PERMANEZCAN A LA ESPERA DE NUEVAS INSTRUCCIONES RESPECTO AL CAMBIO QUE MUY EN BREVE LES SERÁ COMUNICADO SOBRE DICHAS ACTIVIDADES. FIRMA EL CEREBRO CENTRAL.

La ira casi ahogaba la voz de El Gran Amo cuando dijo, tras alzar la mirada:

—Vamos al despacho.

—Sí señor. Perdone, señor Nadelman, pero como…

—¡Cállese!

Silvan Shanon apretó los labios, y caminó emparejado con el furiosísimo Nadelman hacia el despacho privado. El Gran Amo estaba tan ofuscado que entró en el despacho como una tromba, inyectados los ojos en sangre, buscando a las personas que…

Fue como si un rayo descargara sobre su cabeza.

Había allí un hombre, pero apenas si reparó en su presencia, porque su mirada desorbitada quedó fija en Brigitte Montfort, que, sentada en un sillón, cruzadas sus esbeltas piernas, le miraba inexpresivamente. Nadelman estaba tan aturdido que ni siquiera se dio cuenta de que la puerta se cerraba tras él, y que quedaba encerrado en el despacho con aquellas dos personas.

—¿Qué tal, señor Nadelman? —dijo Brigitte, como aburrida—. ¿Ha tenido buen viaje?

La mirada de Nadelman saltó de pronto hacia el hombre, sentado en otro sillón, mirándole con sus negros ojos de un modo que escalofrió profundamente al Gran Amo. Había en aquellos ojos del desconocido un frío sarcasmo, y una sentencia de muerte. Herbert Nadelman se pasó una mano por la cara. No entendía lo que podía haber ocurrido…

—No se qué pasará en el futuro en Teherán —dijo Brigitte Montfort—, ni cómo terminará el asunto de la embajada y los rehenes, pero lo cierto es que, al menos en esta ocasión, nosotros hemos evitado una auténtica catástrofe. Quizá ni Estados Unidos ni Irán lo sepan nunca, pero, al menos de este apuro, habrán salido gracias a Número Uno —señaló a su acompañante— y a Baby.

Pareció que los ojos de Nadelman fuesen a saltar de las órbitas.

—¿Qué? —jadeó—. ¿Usted es Baby?

—Así es, señor Nadelman: la misma Baby que ya una vez anuló a la Galaxia, la destruyó. Esta vez no sucederá así… Esta vez, nos vamos a quedar con la Galaxia, es decir, con todo su material, sus servicios, su personal…

Sólo que, en el futuro, ese gran complejo creado y organizado por usted para el mal, será utilizado para el bien. Naturalmente, usted no ha oído hablar de la Love Organization Unite.

—No… No.

—Bueno, es natural —sonrió secamente Brigitte—: todavía está en embrión. Pero en adelante, muchas personas oirán hablar de la L. O. U., se lo aseguro. ¿No es chocante?: una organización que luchará en favor del Bien se estará aprovechando de material y personal que inicialmente se disponían a luchar en favor del Mal. Lo de las máquinas, claro, no tiene importancia, porque obedecerán a quien sea. Lo que me preocupa un poco es el material… humano. Evidentemente, usted ha contratado a toda una serie de canallas para la Galaxia, y tendremos que ir con cuidado al principio. Sin embargo, tenemos la esperanza de que muchos de sus empleados sean seres recuperables para el Bien, como ha sido el caso de Silvan Shanon. Éste ha sabido rectificar a tiempo, y creemos que muchos otros lo harán también. En definitiva, señor Nadelman, aceptamos la herencia de la Galaxia, y le quedamos muy agradecidos, pues nos ha ahorrado usted muchísimas molestias en la organización de la Love Organization Unite, la L. O. U. Y ahora, señor Nadelman: ¿dónde podemos encontrar a sus amigos, a los que usted visitó hace unas noches en un *jet* detenido en el aeropuerto? Lo digo porque queremos… conocerlos, y, a través de ellos, naturalmente, a los que siempre se esconden. ¿Dónde está el *jet*?

Herbert Nadelman, sorprendentemente, se echó a reír de pronto.

—¿De modo que quieren a los grandes? —exclamó—. ¡Nada menos que quieren llegar hasta ellos!

—¿Esto le hace gracia?

—¡Muchísima! ¡Se va a encontrar otra vez con los mismos problemas, señorita Montfort! ¡De nuevo se le escapan de las manos, igual que me escapé yo del desastre la otra vez! Ya no podrá encontrarlos, porque ni siquiera yo lo sé… Yo trataba con simples y pequeños tentáculos del enorme pulpo, pero los he cortado, y ahora me alegro… ¡Me alegro, porque así usted jamás llegará hasta los grandes, y siempre, siempre, siempre estará en peligro!

—¿Eso piensa, señor Nadelman?

—¡Naturalmente! ¡Porque en cuanto ellos se pongan en contacto conmigo y me pregunten qué ha ocurrido diré que…!

Nadelman se detuvo, calló de pronto. Brigitte Montfort se permitió una sonrisita.

—¿Qué dirá usted, señor Nadelman?

—Diré… que usted es Baby, que usted ha sido quien por dos veces ha hundido a la Galaxia, y… y diré…

—Usted sabe perfectamente que no dirá nada. De modo que si los grandes de la Galaxia quieren continuar la lucha, tendrán que buscar a la persona o personas que se les enfrentan; es decir, que estaremos a la par. Pero, mientras tanto, ciertamente, usted no dirá nada de nada a nadie… ¿Verdad, mi amor?

Número Uno sacó su pistola, y apuntó a Herbert Nadelman al corazón.

—Verdad —murmuró—: no dirá nada a nadie… de este mundo.

Plop, disparó implacablemente Número Uno.

Este es el final

—O sea —murmuro Frank Minello—, que seguramente, aquel *jet* que cayó en pedazos al mar es el que nosotros buscábamos, ¿no es así, Uno?

—Lo sabremos si encuentran algo que pueda servir para identificarlo, cotejando los datos que yo anoté. Pero ni Brigitte ni yo tenemos la menor duda de que ese *jet* siniestrado es el de los amigos de Nadelman.

—Pero entonces, si eran sus amigos… ¿qué pasó, por qué suponen que él pudo asesinarlos?

—Porque quería llegar a lo más alto, y no entenderse con intermediarios, por importantes que éstos fuesen, Frankie —explicó Brigitte—: los proyectos de El Gran Amo eran realmente ambiciosos, desorbitados… y temibles.

—Bueno, pues bien muerto está. ¿Verdad, usted, cuervo carroñero? Pitzer le dirigió una torva mirada, y murmuró:

—Esto va a traerme a mí muchas complicaciones, Brigitte.

—¿A qué se refiere?

—Bueno, usted ha montado todo ese tinglado de la L. O. U., y ya tenemos a ese Silvan Shanon como jefe del cerebro central, en Long Island. Tengo la certeza de que serán ustedes muy activos, que harán muchas cosas… ¿Qué haré yo, en mi cometido de jefe de la CIA en el Sector New York? ¡No puedo desentenderme de eso, nadie creería que no me había enterado de lo que ocurre en mi Sector!

—De momento, esperaremos —dijo Brigitte—. No nos pongamos a crear problemas, ¿quiere? La L. O. U la vamos a dirigir Uno y yo, y no será fácil que se cometan errores. Hasta entonces, usted no sabe ni tiene por qué saber nada especial sobre una hermosa y solitaria quinta en Long Beach.

—¡Exactamente! —dijo Frankie—. ¡Zambomba, la
L. O. U.!

¡Va a ser la mar de divertido!

—¿Cómo, divertido? —exclamó Brigitte.

—Bueno, todo eso de maquinitas que envían mensajes por aquí y por allá, y gente mala a la que hay que volver buena, y tipos de malas pulgas que ni siquiera sabrán que estarán trabajando para la agente Baby, y… ¡Divertidísimo!

—Es tonto —dijo Miky Grogan, poniéndose en pie—… ¡Lo he dicho siempre, este muchacho es tonto! ¡Estamos hablando de una cosa realmente seria e importante, y él dice que será divertido!

—Oye, Brigitte —se desentendió Minello de Miky Grogan—, ¿verdad que podré ir a Long Beach siempre que quiera?

—¿Para qué? —refunfuño Brigitte.

—Zambomba, me gustará eso de ir por allá, y pedirle a Shanon que pregunte a la computadora de Australia qué tal tiempo hace allí, y cosas así…

—Conseguirás hacerme enfadar, Frankie.

—Bueno, no me importa —encogió los hombros Minello—: cuando te enfadas, tus ojos me recuerdan las flores que… No, no es así. Lo que quiero decir es que las noches que cierras las flores… Tampoco. O sea, que cuando te enfadas, las flores amanecen más temprano… ¡Tampoco es eso! ¿Cómo era aquello, Uno?

—No recuerdo —gruñó Número Uno.

—Sí, hombre aquello que me dijo usted de los enfados de Brigitte y de las flores… ¡Seguro que se acuerda!

—Los enfados de Brigitte recuerdan esas flores que se cierran durante la noche: cuando se abren al día siguiente huelen mejor.

—¡Exacto! ¡Eso es lo que quería decir! De modo que, Brigitte, si quieres enfadarte conmigo, pues muy bien: ¡vendré a olerte por la mañana!

—Está como una cabra —dijo Grogan.

Brigitte tenía el ceño fruncido, y miraba a Número Uno, que no parecía enterarse de nada. Pitzer también se puso en pie al darse cuenta del modo en que Brigitte miraba a Número Uno.

—Vámonos, Frankie —dijo.

—¿Adónde? ¡Se está muy bien aquí!

—¿Lo ve? —Insistió Grogan—. ¡Es tonto, Dios mío!

Entre Grogan y Pitzer sacaron a Minello del salón del apartamento de Brigitte, y ésta tocó entonces a Número Uno en una

mano. Número Uno la miró, hoscamente.

—¿De modo que fue Frankie quien dijo eso de las flores que se cierran de noche…? —murmuró ella.

—Me pareció que lo había dicho él —gruñó Uno.

—O sea, que ya no sabes ni lo que dices tú. Lo que significa que te estás haciendo viejo o volviendo tonto… ¿Qué eliges? ¿La vejez o la tontería? ¡Contesta, o voy a enfadarme de verdad…!

—De acuerdo —sonrió Número Uno—: por la mañana olerás mejor…, suponiendo que eso sea posible.

FIN

Notas

[1] Referencia a la aventura *Brigitte* for President!!! < <

[2] Nueva alusión a la aventura *Brigitte* for President!!! < <

[3] Véase la aventura titulada *Galaxia Corporation*. < <